

REVISTA CONTEMPORÁNEA



36940X

REVISTA

CONTEMPORÁNEA

DIRECTOR

RAFAEL ALVAREZ SEREIX

AÑO XXVII—TOMO CXXI

ENERO—FEBRERO—MARZO 1901

(DERECHOS RESERVADOS)



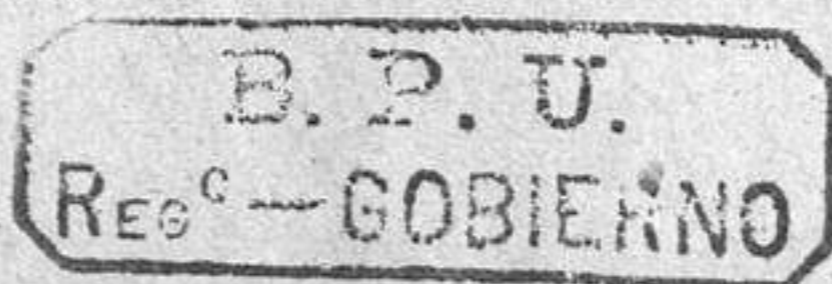
DIRECCIÓN

Travesía de San Mateo, 1, pral.

ADMINISTRACIÓN

Pizarro, núm. 17, principal.

MADRID



MADRID, 1901

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo

PROBLEMAS INTERNACIONALES PLANTEADOS

AL COMENZAR EL SIGLO XX

El siglo XIX ha terminado. Múltiples y variados han sido los problemas que durante él se han presentado, ya que no resuelto. Siglo de cosmopolitismo y relación rápida entre las potencias, han experimentado éstas las sacudidas y movimientos de las otras. Siglo del comercio y la movilidad, los intereses de cada una se hallaban á menudo unidos á las demás, así como las ideas y sentimientos dominantes en unas han llegado á penetrar y preocupar á las vecinas, mientras que el escepticismo, y por tanto la falta de ideales, ha permitido muchas veces la infracción de los derechos por miras ambiciosas é interesadas, lo cual ha hecho que, á pesar de los grandes progresos del derecho internacional, tenga éste también sus escépticos cada vez mayores, considerándolo como inútil y sin sanción, vistos estos claros y evidentes atentados á los verdaderos y legítimos derechos de los Estados, á los perfectos y justos derechos de las naciones.

Consecuencia también de la naturaleza de este siglo es el continuo vaivén, la constante zozobra de las potencias todas á cualquier movimiento ó síntoma que se nota en las otras; vaivén y expectación constante que se manifiesta en seguida en los cambios de la Bolsa, cual barómetro sensible que marca la presión ó estado de los pueblos, por más que á veces dicho barómetro, demasiado impresionable, sea más bien resultado de hechos alarmantes verificados para conseguir una jugada, que el espejo fiel y exacto donde puedan reflejarse los cambios por que atraviesa un Estado.

Producto de esta opinión inconstante es que cualquier hecho, por insignificante que sea, toma á veces proporciones tan

alarmantes que parece que va á provocar verdaderos conflictos internacionales, tan temidos sobre todo durante el último tercio del pasado siglo, y que por fortuna no han estallado, evaporándose precisamente en el momento crítico en que la atmósfera, más cargada de electricidad, parecía que iba á descargar sobre las naciones, sembrándolas de escombros y ruinas.

Sin embargo, si el temor ó el egoísmo, más bien que las tendencias humanitarias (al menos en ocasiones) de que tanto blasonan las potencias para encubrir sus ambiciosos proyectos, han podido evitar estas catástrofes, la combustión puede venir de un momento á otro: por la menor cuestión, por uno de tantos problemas pendientes (aunque precisamente por este mismo temor no se hayan resuelto ni se resuelvan en mucho tiempo); por cualquier hecho inesperado, puede desarrollarse la tragedia tan temida; cualquier chispa aplicada imprudentemente á las masas preparadas puede producir en el momento menos pensado la lucha, para la que están las naciones hace tiempo dispuestas y para la cual tienen ya sus alianzas y los costosos armamentos de la llamada «paz armada», sin atreverse á resolver ni terminar la tantas veces propuesta cuestión del desarme europeo.

Y ahora que ha declinado el siglo XIX, ahora que, saliendo de este siglo de luchas y trastornos, saludamos los albores del nuevo en que acabamos de entrar, del siglo XX, procede hacer, aunque sea ligeramente, por no permitirlo de otro modo los límites de este trabajo, el balance general; interesa conocer el estado de las potencias á la terminación de aquél, y cuáles los asuntos que deja pendientes, y cuya solución puede traer graves trastornos y guerras para lo porvenir.

Muchos son estos problemas; pero procuraremos compendiarlos refiriéndonos á aquellos que nos tocan más de cerca ó cuyo estado puede, hoy por hoy, preocupar más.

Comencemos por Europa.

Bañada por las aguas del mar del Norte y del Atlántico, sobre el canal de la Mancha que la separa de la vecina República, hay una potencia compuesta de dos grandes islas principalmente, que merced á los trabajos y protección dispensa-

da á su navegación, artes, industria y comercio, así como también al poco escrúpulo para elegir y adoptar ciertas medidas, ha logrado tener grandes colonias que visitan constantemente sus numerosas escuadras; multitud de territorios que se encuentran en todos los continentes é islas de que se hallan salpicados todos los mares y que señalan el paso ó cadena que une sus posesiones ó vías comerciales con la metrópoli, manifestando su poder y presentándose en ellas con el aire de superioridad y orgullo propios de los hijos de la soberbia Albión, á la cual se señala como moderna Cartago, como la potencia de primer orden más temible en la lucha marítima, como á la reina de los mares.

Sin embargo, Inglaterra no es lo que ha sido. Su marina sigue siendo la primera del mundo y el pueblo inglés está dispuesto á gastar lo que sea necesario para conservar esta supremacía; el comercio inglés sigue rico y floreciente, las fábricas de Manchester, Birmingham, Leeds, Sheffield y Newcastle, entre otras muchas, continúan llenando los mercados de productos ingleses; los puertos de Londres, Liverpool, Glasgow, Dublin y Edimburgo llevan sus manufacturas por todo el mundo; pero á Inglaterra le han surgido temibles rivales, tiene la enemiga de todos los pueblos; la Irlanda, en su mismo seno, dista bastante de reconciliarse con ella; el comercio inglés decae; así lo dan á entender claramente los informes de sus cónsules, como manifiesta Víctor Berard en un libro publicado recientemente en París (1); así lo indicaba Chamberlain en el discurso pronunciado en Birmingham en 1894, al manifestar lo complicado del problema que temía pudiera surgir en la Gran Bretaña; así lo da á entender la nueva fase que últimamente ha dado á su política, y así lo reconoce la fría Albión siguiendo su programa, por el que pretende unirse á las colonias para que, por medio del exclusivismo y protección al país, éstas no consuman más productos que los suyos y de este modo salir adelante, y cuya política, contenida en el lema *Trade follow the flag* (el comercio sigue al pabellón) es la expresión del imperialismo inglés, que significa

(1) *L'Angleterre et l'imperialisme.*

un nuevo esfuerzo para conservar su hegemonía comercial; un nuevo sistema seguido para combatir el comercio extranjero y conservar el suyo contra el crecimiento é invasión de sus rivales.

Otra potencia cercana á la Gran Bretaña, que se ha hecho fuerte y crece entre las nieblas del Rhin, ha venido á excitar los temores de aquélla, á adquirir preponderancia en Europa, y si bien en el mar dista aún bastante de poder competir con la Gran Bretaña, es no menos cierto que sus flotas, ya respetables, van aumentando cada día, que muchos de sus puertos han recibido gran impulso y su comercio se va extendiendo con verdadera rapidez; no es Leipzig, con su comercio de libros, no es esta ó aquella ciudad ó puerto que le haga sombra, no es este ó aquel artículo ó ramo que, por estar más ó menos extendido, le haga la competencia: es la expansión general, es la invasión que hacen en todos los mercados, es que los productos alemanes vienen á sustituir á los ingleses, que tienen que apelar al imperialismo británico para conservarse; aun en el mismo elemento marítimo le hacen la competencia. Véase, si no, á Hamburgo, centro del comercio, cuyas Compañías marítimas de alto bordo, algunas fundadas recientemente, hacen la competencia, y con gran ventaja, á las de las Islas Británicas.

Y todo este rápido adelanto á que en poco tiempo ha llegado la nación alemana se halla garantido por el poder que en la época contemporánea ha adquirido con la unión de las confederaciones del Norte y del Sur, con los últimos sucesos y la guerra de 1870, aspirando á dominar en Europa, si bien se le presenta una temible rival en su vecina la Rusia.

Formada y constituída ésta entre las invasiones de los mogoles en la Edad Media y robustecida cada vez más en la Edad Moderna, ha llegado á tiempo de intervenir decisivamente en las cuestiones que hoy agitan á la Europa. En medio de riguroso clima, entre las heladas estepas, ocupando un territorio equivalente á más de la mitad de Europa, dominando en el Asia toda la Siberia, con sus dos capitales, Tobolsk é Irkutsk, y presentando á los cosacos, que, vencidos antes, hacen ahora gala de servir en su vanguardia, sirve de

contrapeso á la triple alianza y es uno de los importantes factores para lo sucesivo, no sólo por su poder, sino por su situación é intereses, lo mismo que por la continuación de su política, tanto en Europa, llegando al mar Negro, que domina, obteniendo la libre navegación para sus buques mercantes por el Bósforo y los Dardanelos (1), sino por la cuestión turca, por sus intereses en el territorio de los Balkanes, que se hallan á sus mismas puertas, por su deseo de llegar á poseer puertos en el Mediterráneo, cosa que no conviene á otras potencias, sobre todo á Inglaterra, que no quiere tener semejante rival en su camino para las Indias.

En el Asia su papel es de suma importancia: limitando con el Turkestan y la China, en la cual tiene gran preponderancia, puede ejercer gran influjo en las cuestiones que se suscitan en esta parte del mundo. No estará tranquila Inglaterra, sobre todo el día en que esté terminado el famoso ferrocarril transiberiano, que colocará á Rusia en ventajosísimas condiciones, pudiendo en breve tiempo vomitar sus batallones cerca del punto ó lugar donde su conveniencia lo exija.

No es además la Rusia una nación nueva que no sepa cómo tratar con las demás potencias; no es la primera vez que ha intervenido con ellas; no está acostumbrada tampoco á hacer papel secundario. No hay más que recordar el papel que Catalina II desempeñó en Europa. No hay más que citar, entre otra porción de hechos, la neutralidad armada de 1780, y en la lucha con Napoleón el incendio de Moscou por Retpschin, que fué causa de la desastrosa retirada del Emperador francés, en que tan malparado quedó su brillante ejército, contribuyendo á la caída del vencedor de Austerlitz y Jena.

En cuanto al Austria, no es todo lo fuerte que á primera vista representa; tiene dentro de sí, oculta en su interior, una porción de problemas que deben preocuparla hondamente. Compuesto de diversas razas que pugnan dentro de ella por la preponderancia y con pueblos de aspiraciones diversas, presenta cierta vaguedad de elementos cuya resultante no pude determinarse.

(1) Tratado de Andrinópolis, 1829.

El elemento teutónico, tan importante en otro tiempo y que aún aspira á la preponderancia, va decayendo, siendo sustituido por el elemento húngaro. La Hungría no está del todo conforme con estar sujeta al Austria, á pesar de la independencia que goza. Los demás pueblos también participan de semejantes aspiraciones. Ésta ha sido la labor y el trabajo incesante durante el pasado siglo. Del estado del imperio austriaco á su comienzo hasta el presente, media gran distancia: Á las promesas que la Dieta húngara de Presburgo había obtenido en 1847 sucedió la ordenanza de 30 de Marzo, en que se decía ser Hungría un Estado soberano, y el día 10 de Abril era Pest elevada á capital, formando Batthyanyi el primer Ministerio húngaro. Después del Sadowa, el Emperador accedió á todas las peticiones húngaras, y más tarde Francisco José concluyó por promulgar el compromiso húngaro, recibiendo solemnemente la corona de San Esteban.

Al tenor de los magiares han sido las pretensiones de los demás pueblos. ¿Qué pedían si no los transilvanos y los croatas? ¿Cuáles sus peticiones y en qué se fundaban? ¿No eran semejantes á las de los magiares? Los croatas tenían ya un convenio, pero á los transilvanos era preciso hacerles callar mandando contra ellos el General Bem.

La cuestión austro-húngara no es un problema pasado, sino de palpitante interés actual, y cuya solución no se ha obtenido, ni se sabe cuál será, pudiendo complicarse fácilmente, sobre todo á la muerte del actual Emperador.

El imperio austriaco, que tan fuerte parecía, puede en un momento deshacerse ó cambiar grandemente. No han sido pequeñas las variaciones que ha sufrido en el siglo XIX. No hace falta discutir si la decadencia del elemento teutón, la elevación del elemento slavo y la formación de un centro polaco de atracción, juntamente con la intervención en los asuntos de Oriente, constituyen el carácter de dicha potencia, como determina Mr. Alcan (1). No hace falta el examen detenido de los principales núcleos que tienden hoy á formar conjuntos y dominar al elemento teutónico, que quiere la preponderancia;

(1) *Les races et les nationalités en Autriche-Hongrie.*

el elemento húngaro, que es el que va dominando; los slavs, que quieren personalidad y unión con los de su misma raza que ocupan parte del territorio de los Balkanes, etc., etc.; ni menos hace falta representarnos los grupos tan heterogéneos de que se halla compuesta, disgregados y en lucha interior de unos contra los otros, inclinándose á la reunión de tendencias, razas y aspiraciones que cada grupo desea; basta meditar un momento sobre su estado y organización interior para comprender que pudiera complicarse; basta considerar al lado del elemento alemán á Hungría, proclamada *nación una é independiente* por la ley del 6 de Diciembre de 1868, llamada ley de las nacionalidades. No hay más que ver á la Croacia con su autonomía para los asuntos interiores, á los polacos con su lengua oficial, reconocida también en 1868, y en torno de esto, elementos tan heterogéneos como los habitantes de Bohemia, los slavs al Sur, los rumanos en Transylvania y los italianos hacia el Adriático, y todo esto entre una porción de elementos y circunstancias que pueden favorecer y complicar la cuestión, para comprender la importancia de este problema, que si bien puede resolverse pacíficamente, puede también traer grandes cambios en el estado de las potencias, ya formando distintas nacionalidades, ya constituyendo extensa confederación como la alemana, ya de otros diversos modos.

Italia, á pesar del tan cacareado progreso que se decía conseguir después de realizada la unidad italiana (cosa que no ha conseguido, pues aparte de la república de San Marino, tiene el Austria una parte de su territorio en las costas del Adriático), está en condiciones bastante deficientes. Presa de las ideas disolventes proclamadas en su seno, tiene que sufrir los efectos de gangrenados miembros que se distinguen en todas partes, excitando las sospechas de la policía, por ser la nación que ha dado mayor contingente de anarquistas que pululan por los demás países. Como italianos se han señalado los asesinos de Carnot, Cánovas, Emperatriz de Austria y Humberto. Como italianos se han señalado otros acusados de propósitos semejantes.

En tal situación, con elementos como éstos y otros, si no tan radicales, perturbadores, muchas veces, del orden, es im-

posible conseguir nada que no sea aparente; así es que á pesar de sus grandes gastos para obtener numeroso ejército y respetable armada, no tiene fuerzas para obrar enérgicamente, teniendo que sufrir la vergüenza de Adua, donde el Príncipe Menelik le causó la derrota, cuyas consecuencias fueron la renuncia de su protectorado sobre la Abisinia.

No es mejor el estado de Francia. Rodeada de adelantos que deslumbran, formando como su fotosfera, encierra en su deletérea atmósfera los más grandes adelantos materiales mezclados con la abyección moral y la corrupción de sus costumbres, siendo frecuente el conocerla con el nombre de la moderna Babel.

Los últimos sucesos de la cuestión Dreyfus han puesto de manifiesto su debilidad, como la del Panamá el descrédito en que se hallaba. No hay más que recorrer rápidamente los nombres de los diversos partidos que dentro se agitan: libre-pensadores, católicos, monárquicos, republicanos de Deroulede, de Rochefort, socialistas, semitas, etc., etc., para poner de manifiesto su estado interior político, como los nombres de Zola, Balzac y Mme. Bobary demuestran el empobrecimiento y miseria de su literatura, sin fe y sin ideales levantados.

Por eso permaneció muda en la cuestión del Fashoda, cuando se creía que iba á luchar contra los anglo-egipcios. Pero Francia creyó oportuno callar. «La Francia—dice un autor francés—no quiso hacer la guerra comprometiendo así de un golpe atrevido el resultado de treinta años de esfuerzos, de paciencia, y exponerse á una conflagración europea por territorios donde su derecho podía ser disputado.» No se creía segura y temía ver echados por tierra sus sueños de poder, como en 1870.

Esperando la *revancha* que ella teme, tal vez más que ninguna, llora la pérdida de la Alsacia y la Lorena, con la cual, sin embargo, no quiere acostumbrarse, considerándolo como un problema del más grande interés, atribuyéndole una importancia que realmente no tiene estudiado desde el punto de vista general, aunque la tenga muy grande para dicha nación por sus circunstancias especiales. Así se comprende los ar-

títulos y trabajos que á esta cuestión se dirigen, que su aspiración constante sea hallar el medio de que vuelvan á su poder, su ilusión permanente, soñando con las más variadas combinaciones: ora es la cesión voluntaria y gratuita, ora la venta que de ellas les hagan los alemanes. «La Francia—exclaman sus escritores—la pagaría cara, muy cara.» Y no falta quien proponga el cambio por cualquiera de las colonias, aunque sea valiosa; la Cochinchina, por ejemplo, lo cual convendría á Alemania para su expansión colonial. ¡La Cochinchina francesa, con sus veinte millones de habitantes, cambiada por la Alsacia y Lorena, que cuentan sólo millón y medio! Es que la Alsacia-Lorena para Francia es más que el número de habitantes, es más que la extensión superficial, es la memoria del desastre, es el recuerdo de sus héroes, de su historia, de un país que cree completamente francés y violentamente arrancado de sus manos. Pero todos estos sueños se deshacen, todas sus ilusiones desaparecen, y después de dar rienda suelta á su fantasía, impulsada en alas de los vivos deseos que le animan, despierta, la realidad se le impone presentándose en su triste aspecto, y concluye por comprender que no pueden realizarse los sueños color de rosa; porque, si para Francia la Alsacia y la Lorena son algo más que el terreno, el número de habitantes, también para los alemanes significa su historia y sus triunfos, la guerra de 1870; así es que Moltke, á pesar de ser muy parco en consideraciones en su *Historia de la guerra franco-prusiana*, al hablar de la toma de Strasburgo, se expresa en los siguientes términos: «La antigua ciudad del reino que hacía doscientos años había sido robada por Francia en medio de la paz, fué tomada por la bravura alemana». Y al terminar su libro concluye con estas palabras: «Strasburgo y Metz, arrancadas á Alemania en época de suma decadencia para ella, habían sido reconquistadas, y el imperio alemán acababa de renacer».

Lo cual pone de relieve no una idea particular, no un pensamiento del autor; sino el sentimiento y los deseos de un pueblo, del pueblo alemán.

Alemania no podrá tampoco olvidar su historia y sus hombres, mucho más cuando Strasburgo y Metz le recordaban

sus últimos triunfos, la consolidación alemana, el progreso y la influencia de hoy,

Por último, España, débil y abatida, forzoso es reconocerlo, impotente en este siglo que ha pasado guerreando en su interior y con el peso del último desastre, se despide bien tristemente del siglo XIX. Perdida en el camino del tiempo, sin saber cuál ha de ser su ruta en el siglo XX, desengañada por un siglo entero de sufrimientos, sin ideales que la hagan grande en el desconcierto y la zozobra que por todas partes encuentra, con el continuo cambio de sistemas y doctrinas, penetra en el nuevo siglo sin saber qué senda elegir, qué camino seguir. Rodeada de tinieblas que no le permiten ver la luz que la ha de guiar, se presenta como navío sin gobierno, perdido entre las olas y rodeado de brumas que le ocultan el faro luminoso, la luz bienhechora que anhela.

España, por su historia, por sus intereses, por su posición, podía intervenir, mucho más cuando el Africa, que se presenta á sus puertas, comienza á desempeñar papel entre las potencias europeas. Pero, hoy por hoy, en las circunstancias actuales del pueblo español, es imposible que piense en ello; desengañada y sin fuerzas á consecuencia del último desastre, necesitaría un sacudimiento propio de su historia y de su raza.

¡Quién sabe si tendrá que mezclarse *a fortiori!* ¡Quién sabe si alguna de las potencias que la incluyen entre las naciones muertas, ignorando que puede resucitarla un violento impulso del marasmo en que se halla, lleve á cabo proyectos nada tranquilizadores! ¡Quién sabe si la instrucción de las escuadras de cierta potencia, juntamente con el sondeo de algunos puntos de las Canarias, así como las aspiraciones sobre determinados puertos ó bahías de Galicia, pudieran ser, más que sospechosos, síntomas de algún nuevo atentado de que fuéramos víctimas los españoles!

En cuanto á la cuestión de Gibraltar, hoy por hoy España es dueña del Estrecho. Podrá la nación inglesa tener excelentemente fortificado y con sobrados elementos de combate, el peñón que posee, pero no es ésta la mejor plaza del Estrecho; hay otras mejor situadas aún. Además, aquélla no es más que una, y por lo tanto, á uno de los lados nosotros tenemos in-

mejorables posiciones, aun cuando, por desgracia, las nuestras casi desguarnecidas é insuficientemente fortificadas, merced á la inercia de nuestros gobernantes.

El resto del Mediterráneo no ofrece problema alguno especial. Ha perdido parte de la gran influencia que tuvo cuando era considerado como el centro del comercio de los pueblos.

Portugal no puede por ahora producir conflictos internacionales. Aunque posee colonias, su papel se reduce á conformarse con lo que le ordene el más fuerte. Ya se ha visto su conducta dúctil en la cuestión del Transvaal con su posesión de Lorenzo Marqués. Bien claro se vió cuando en 1890 Portugal, extendiendo por el África su imperio colonial, á lo cual creía tener derecho, se encontró con Inglaterra, que sin más razón ni título que su conveniencia, le exigió el curso medio del Zambeza. Protestó Portugal y no se halló dispuesto á cedersele. Inglaterra le envió un *ultimatum*, y la escuadra inglesa aparecía frente á Lisboa. ¿Qué podía hacer Portugal? No le quedaba otro recurso que ceder, entrando en negociaciones.

Y ahora pasemos á la cuestión del extremo Oriente.

Compleja por demás, dados los intereses de las potencias, es la cuestión del extremo Oriente. Cuestión que si no se ha resuelto ya es precisamente porque las potencias se recelan, no permitiéndoles su egoísmo el engrandecimiento de las otras. Independiente Grecia, teatro de tantas luchas, lo mismo en los antiguos como en los modernos tiempos, segregados del imperio turco Servia, Rumanía, Montenegro, Bulgaria y la Rumelia. La Turquía se presenta en un extremo de Europa, no amenazadora, como en los tiempos de la Edad Media, sino decaída, aniquilada, sin fuerzas apenas para resistir el empuje de cualquiera de las grandes potencias. Allí permanece aún como un recuerdo del ayer, tachada como vergüenza de la Europa, casi estacionaria, con su fatalismo y su decadencia.

Por eso es muy cierto que si existe es por la divergencia de las potencias: la independencia de Grecia y los países de que hacíamos mención hace poco nos lo dicen. El abandono que esta misma Grecia sufrió en la heroica lucha que pocos

años ha acaba de sostener con Turquía sobre la posesión de Creta manifiesta bien claro que las potencias, no sabiendo ó no queriendo que ninguna gane un palmo más de territorio, no se atreven á resolverlo. La frecuente matanza de cristianos llevada á cabo en Armenia, sin que apenas se muevan ó lo hagan ineficazmente, lo evidencia.

Y, sin embargo, allí hay un problema, y problema importante, que tendrá que resolverse de algún modo; podrá conseguirse mantener más ó menos tiempo el *statu quo*, pero al fin tendrá su solución, pacífica ó violenta, amigablemente ó estallando la revolución que cambie el aspecto del mapa geográfico, etnográfico ó religioso, con ó sin la intervención de las naciones.

Hoy como ayer, el fanatismo musulmán no titubea en acuchillar á los cristianos en cualquier lugar, aunque éste sea en las puertas mismas de la Europa, sin que ésta se atreva á impedir semejantes matanzas. ¿Cuál es la conducta de los kurdos con sus vecinos cristianos? ¿Qué ocurrió con los escandalosos atropellos de 1894 y 1896, que impresionaron, como no podía menos, á la Europa al conocer las escenas de sangre y horror que se habían desarrollado, al saber las bárbaras matanzas llevadas á cabo en los armenios que habían intentado defenderse contra los desmanes de los kurdos que, ayudados, según parece, por las tropas del Sultán, lo pusieron todo á sangre y fuego, ascendiendo, según algunos, á 150.000 las víctimas de estos actos de ferocidad y salvajismo?

Á la Europa repugnaron estos hechos. Conocieron los Gobiernos que era preciso poner un dique á tales desmanes: cruzáronse notas diplomáticas; se exigió promesas formales de que serían mejor gobernados; se pusieron en claro las responsabilidades, pero nada más, nada de castigos para los culpables, nada de garantías sólidas. Ya lo hemos dicho: las potencias no se atreven á plantear la cuestión: se recelan unas á otras y no quieren consentir el engrandecimiento de las demás, no siendo difícil el caso de ver á alguna ayudando precisamente á los turcos contra las demás naciones: así se cita el sitio de Missolonghi, en 1826, por los turcos dirigidos por ingenieros austriacos, y en 1897 á oficiales prusianos servir en

el ejército turco contra los griegos é instruir á los otomanos, y si los ingleses han ayudado á veces á los griegos, no falta quien lo atribuya al deseo de no dejar á los rusos todo el mérito; procurando luego contenerlos, por no convenirle el progreso de Grecia, que pudiera ser rival comercial en aquella parte del Mediterráneo.

Pero si esto ha ocurrido, también puede suceder que alguna vez por humanidad, porque lo exijan así los mismos intereses, ó por otra causa, intervenga una potencia y plantee el problema en toda su extensión. ¿Cuál fué la causa de las insurrecciones de 1877 y 1878? ¿No se han considerado como insurrecciones preparadas? ¿Cuál fué la actitud de Rusia ante las matanzas de los búlgaros? ¿No auxilió á los sublevados? ¿No luchó juntamente con ellos? ¿No les prestó su apoyo? ¿No llegó hasta las puertas mismas de Constantinopla, poniendo en apurado trance al imperio otomano? El resultado fué el tratado de San Stéfano, que las potencias modificaron considerablemente en el Congreso de Berlín; pero el paso estaba dado. No era Rusia protectora del territorio de los Balkanes; pero éstos no dependían ya de Turquía, se habían emancipado Rumanía, Servia y Montenegro; eran independientes. Bulgaria quedaba bajo la garantía de Europa, y la Bosnia y la Herzegovina bajo la administración de Austria-Hungría.

El cuadro del extremo Oriente se había modificado: nuevos factores habían venido á intervenir.

¿Y cuál es el aspecto que hoy presenta? ¿Existe unidad de raza, interés y aspiraciones? Probablemente no: su mapa etnográfico no es uno, sus aspiraciones contra Turquía podrán ser las mismas, pero en las restantes cuestiones tal vez sean distintas, acaso contrarias: á Grecia le interesa su engrandecimiento. Servia y Bulgaria sostuvieron la lucha de 1895 por cuestión de límites; los pueblos que ocupan dichos territorios son los siguientes: los griegos al Sur, los rumanos entre los Cárpatos, y el resto de los Balkanes de raza slava y en íntima relación con los croatas de Hungría, que aspiran á formar un núcleo importante de su raza. Á Rusia, potente y dominadora, le interesa ejercer influencia y desea llegar á las costas del Mediterráneo. Pero la Inglaterra está interesada preci-

samente en todo lo contrario, á saber: que Rusia no llegue al Mediterráneo para no tener el peligro de este rival, y Alemania está interesada también en esto mismo para tener libre esta vía comercial, habiendo, por tanto, allí una especie de conjuración germánica contra los slavos de Rusia, como dice Mr. Driault (1), que viene á complicar el problema.

Los problemas del Asia no son tan graves. El que primero se presenta á nuestra consideración es el de China.

Situada en los confines del Asia, rodeada durante mucho tiempo del misterio y con un espíritu refractario á la comunicación, quería continuar en su vida de aislamiento, á pesar de los esfuerzos hechos en contrario por las naciones, y principalmente los tratados de Tonkín y Nankín hicieron más frecuentes las relaciones, sin que, no obstante cesasen aquéllos en su propósito de vivir apartados de la comunicación con los demás. En tal estado, la reciente rebelión de los boxers y el degüello de europeos que habitaban en su territorio, determinaron á las potencias á intervenir enviando tropas, y consiguiendo que éstas llegasen á Pekín á tiempo de librar las legaciones, que se hallaban sitiadas y en deplorable situación. El representante alemán no pudo ser libertado; había sido asesinado. En esta situación permanece en la actualidad. Las noticias de nuevos asesinatos, que aún se reciben; las palabras del Emperador, que da largas al asunto sin saberse cuál será el resultado; la insurrección de los boxers sin reprimir; las fuerzas de las diversas naciones que han intervenido ocupando distintos puntos, entre ellos la capital del Celeste Imperio, y sin saber cuál será el resultado final. No están los chinos en condiciones de resistir el empuje de las potencias, pero sería cuestión muy difícil de resolver el levantamiento de China entera con su numerosa población, que se hace ascender á 300 millones de hombres, y si la paz fuera firmada, tal vez las ambiciones y egoísmos de las potencias causaran disensiones.

El Japón, Estado de gran importancia en los asuntos de Oriente, y con el cual no falta quien vislumbre complicacio-

(1) *La question ottomane*. P. S.

nes para el porvenir con Inglaterra y los Estados Unidos, dada su nueva posición cerca del Asia, el Japón, decimos, que ya conoce á la China por su guerra de 1894, de la que salió vencedor, revelándose de cuerpo entero á la Europa como pueblo adelantado, cuando aquélla lo creía casi en el mismo estado que la China, recordando que hacía medio siglo se hallaba mal gobernado y martirizaba á los misioneros, no había conseguido su propósito. El tratado de Simonosaki, que había puesto término á su guerra con China, fué modificado por el interés de las naciones. Ahora también el interés de éstas puede suscitar complicaciones, aunque lo probable será, dado el aspecto que presenta, que se resuelva pacíficamente, después de arreglar algunas dificultades que necesariamente tendrán que presentarse.

En el resto del Asia, la India, dominada por los ingleses, no concluye de aquietarse acomodándose al yugo británico. Frecuentemente se reciben noticias de insurrecciones más ó menos poderosas. La cosa, sin embargo, no ha pasado de ahí. El día que la Rusia tenga terminado el ferrocarril transiberiano y continúe su influjo sobre la China, no sucederá igual. ¿No debe temer esto la Gran Bretaña? No falta quien crea que aquél debe ser uno de los puntos que ha de elegir Rusia para destruir el poder inglés. La principal fuerza de Inglaterra es el mar. La India es tierra firme.

África es la parte que más ha cambiado. Apenas conocida en las costas y casi ignorada en su interior, sin límites fijos, sino envueltos en las tinieblas y oscuridad, va poco á poco deslindándose y conociéndose merced á los trabajos de los heroicos misioneros y de intrépidos exploradores.

De región oscura, el África ha venido á ser el país donde han dirigido sus miradas las naciones europeas. Francia é Inglaterra son las que tienen más intereses. Ambas caminan al centro partiendo de los extremos, pero en sentido opuesto. Francia lleva la dirección de Norte á Sur; Inglaterra camina de Sur á Norte. La Francia, sin embargo, ha perdido parte de la gran influencia que tenía en Egipto. Inglaterra, en cambio, la ha ido aumentando.

El Egipto, cuya excelente posición fué ya reconocida en

la antigüedad, recibía el influjo francés, sobre todo desde que Lesseps, abriendo el canal de Suez, hizo la vía ordinaria que siguen los europeos para ir á Oriente. Inglaterra, que nada tenía en Egipto, aprovechó la ocasión de que el Kediye Ismail ofrecía al Gobierno francés 170.000 acciones, que éste desechaba para adquirir intereses y pretextos de intervención en un país que tanto le interesaba, no sólo por lo que en sí es, sino porque así no se interrumpía la cadena de posesiones que desde Londres conduce sus barcos hasta el imperio de la India. La rebelión de 1882 y la poca decisión del Almirante francés Freycinet dió ocasión á la flota inglesa para bombardear á Alejandría y ocupar militarmente el canal de Suez; considerando desde entonces al Egipto como Estado protegido por ella, ha ido aumentando cada vez más, difundiendo su idioma y sus costumbres donde antes se encontraban las francesas. Y aunque las naciones no quisieran admitir las pretensiones presentadas en la convención de Constantinopla, ha celebrado con el Sultán los tratos que le ha parecido conveniente, y no parece dispuesta á abandonar sus intereses y la posición que en Egipto ocupa. Tal es el estado de la cuestión egipcia.

La parte oriental del África ha sido objeto de las negociaciones entre las potencias. Basta con pasar la vista sobre los convenios anglo francés de 1890, las convenciones anglo-alemanas de 1886 y 1900 y los repartos de 1898 y 1899, entre otros, y se verá lo solícita que ha estado Europa para apoderarse de dichos territorios. La esclavitud y el tráfico horrible que aún tiene lugar en algunos puntos del África han sido perseguidos, fundándose en 1880 una Sociedad internacional con dicho objeto y cuyo presidente efectivo era el Cardenal Lavigerie.

Al Sur del África los ingleses han empleado los mismos procedimientos que en otras circunstancias. No nos detendremos en su estudio. Toda Europa sabe el atropello cometido con las dos repúblicas de Orange y Transvaal. Todos conocen la historia de esta lucha, así como las causas que la originaron. Si el territorio de estos dos Estados libres no hubiera encerrado minas que atrajesen la ambición y la codicia,

es posible que las repúblicas del Transvaal y de Orange hoy contiuaran independientes, sin ser molestadas por la Inglaterra. De todos modos, los boers no se dan por vencidos, y mientras el Gobierno inglés comunica á los demás por medio de una simple nota que dichas repúblicas han dejado de ser independientes, Krüger pasa á Europa, donde es recibido en medio del entusiasmo y simpatía, mientras allá, los que quedan al Sur del África, recrudecen la lucha esperando conseguir algo de la unión, de los esfuerzos de todos.

La parte occidental del Africa no ha sido tan debatida. Allí, al Norte, se presenta el imperio de Marruecos, que también ha preocupado bastante, y cuyo estado no es de lo más ordenado que existe. Compuesto de tribus indisciplinadas que á cada momento se rebelan contra el Sultán, con mala organización en sus ejércitos regulares, viviendo en medio del atraso y estacionamiento debido al fatalismo que le domina, sin deseos de civilizarse, aparece á los ojos de Europa como un imperio que el día menos pensado puede desaparecer ó dividirse entre las potencias que le ambicionan por su excelente posición; sobre todo alguna de sus plazas que, como Tánger, es el objeto de las esperanzas de alguna nación que vivamente le desea.

No hablaremos de esta potencia marítima ni de los derechos que pueda alegar. La Francia, vecina de dicho imperio por dominar en Argelia, donde después de grandes esfuerzos logró imponer su pabellón por la fuerza de las armas, no se descuida. Recientemente se habló de los nuevos territorios adquiridos y que dan paso al corazón precisamente del imperio de Marruecos. España, no sólo por su proximidad y por su historia, sino también por sus posesiones, está interesada en la suerte de dicho imperio. No son las porfiadas luchas que durante más de ocho siglos sostuvo con la morisma; no es el recuerdo de las Alpujarras y Lepanto; no son los nombres gloriosos del Serrallo y Castillejos, de Tetuán y de Wad Ras los que pueden hacerle intervenir con más razón que otras naciones lejanas y cuya historia para nada se halla relacionada á la de este país, sino sus intereses materiales, además de los morales que puedan existir. Son las pose-

siones españolas que la ciñen y rodean; son la seguridad de Ceuta, de Melilla y de Alhucemas, entre otras; son las cercanías de las Islas Afortunadas, conquistadas por el Conde de Bethencourt y los castellanos del tiempo de Enrique III, para formar desde tan lejano período parte del territorio nacional, de la patria española; son Fernando Poo, Annobon, Corisco y demás posesiones del golfo de Guinea, exiguos restos del más grande imperio colonial que ha existido; son los nuevos territorios concedidos recientemente á España y creados á la sombra del Sultán como consecuencia de tratados celebrados. Todo esto le interesa á España; le importa la suerte que pueda caber á este territorio, con el cual limita y en el cual se hallan enclavadas sus posesiones. Conocer quiénes son sus vecinos; saber si tendrá que sostener frecuentes luchas con los moros de Anghera ó las kabilas de Benisicar, si con el imperio de Marruecos ó con una nación europea, esto aparte de quien domine el Estrecho, donde tantos intereses tiene.

Al imperio marroquí le sucede algo de lo que á Turquía. Está deshecho, su unidad es aparente; en continuas guerras bajo el Sultán, despotismo sumido entre las groseras costumbres, fruto de las falsas doctrinas del Corán, preocupa ya á las naciones, sin saber cuál será su fin, el camino que siga, los cambios que sufra y el destino que en tiempo más ó menos lejano le esté fijado.

Y ahora pasemos al nuevo continente, á las tierras descubiertas por Colón. Ante todo, nos detendremos delante de la gran república del Norte. Dejando á un lado su composición interior, que es la resultante de gentes de diversas clases y países, en la que los aventureros no formarán, seguramente, la menor parte, examinaremos su política exterior.

La política exterior de los Estados Unidos es absorbente. El yanqui se cree superior á todos, y la doctrina de Monroe, con la frase *América para los americanos*, puede muy bien traducirse por el lema América para los Estados Unidos. Éste es su propósito, ésta su tendencia. Ya deben saber las demás repúblicas americanas lo que pueden esperar de su *protectora*. Méjico, que perdió á Texas, Nuevo Méjico y California, sólo porque los Estados Unidos quisieron llegar hasta el mar, pue-

de decirlo; Nicaragua, Costa Rica y Honduras, víctimas de expediciones filibusteras, y que tuvieron que sostener luchas con ella, pueden atestiguarlo; la anexión de las islas de Hawai, verificada con la ocasión de la guerra con España, porque le convenía tener estas posesiones en su ruta de San Francisco á Filipinas, puede confirmarlo. La doctrina de Monroe proclamada por los yanquis, que no significa sino el deseo de dominar, se convertiría pronto, tal vez, en otra más extensa; no bastaría ya para su ambición la América, querría intervenir en Europa, en Asia, en África, en Oceanía. El imperialismo de Mac Kinley es el que hoy domina, el proteccionismo más intransigente el que pone en acción en el orden comercial, sin perjuicio de pregonar el progreso, la humanidad y la libertad de que es heraldo los Estados Unidos. La libertad—dice á este propósito un escritor francés—fué á menudo para ellos un instrumento de opresión.

La América española, la de la raza latina que aún no ha adquirido la solidez necesaria, dividida en numerosos Estados, debe desconfiar de los halagos y *protección* de los norteamericanos. Así debe comprenderlo ya, y olvidados pasajeros rencores, quiere unirse con la madre patria en estrecho lazo de amistad. Á esto aspira el Congreso Hispano-Americano que acaba de celebrarse, y que si no ha obtenido resultados, demuestra la tendencia que existe hacia esta unión, que debía llevarse á efecto sobre los verdaderos y sólidos principios que deben servirla de norma y base, y de acuerdo, por tanto, con la tradición é historia de los pueblos.

La Oceanía es aún una multitud de islas arrojadas en la inmensidad del Océano Pacífico, muchas de las cuales, no bien conocidas, apenas si tienen al presente importancia alguna. La Australia, que descuella entre todas por su extensión, pues es la isla mayor de todas cuantas se conocen, lo que ha hecho se la considere por algunos más que isla continente, está bajo el dominio de los ingleses; hoy va prosperando, y donde hace medio siglo apenas si había nada, comienzan á desempeñar importante papel poblaciones como Melbourne, Sidney y Victoria. Y Filipinas, aquel vasto archipiélago arrancado como rico jirón de nuestra antes poderosa bandera, se mece entre

las ondas del proceloso piélago, sin saber cuál será el resultado de la lucha mantenida con los norteamericanos, que desconfían de su próximo dominio.

Tal es, ligeramente bosquejado, el estado de nuestro globo al advenimiento del siglo XX. Tales los problemas internacionales cuya resolución deja pendiente el siglo XIX. Problemas vivos, palpitantes muchos de ellos, que pueden adoptar las formas más variadas que imaginarse puedan; que pueden hacer estallar la guerra entre las potencias en ellos interesadas y hasta la conflagración universal de las naciones, ó evaporarse y recibir la solución que menos pueda pensarse. Entre los armamentos modernos, entre los ejércitos numerosos que Europa levanta, existe el deseo de la paz; así se ha pretendido en el Haya, así lo propuso el Czar Nicolás de Rusia á las potencias, así lo quiere el Sumo Pontífice León XIII.

Allí, en un rincón de la Ciudad Eterna, entre las soledades del Vaticano, donde mora encerrado sin cañones Krup ni Hontoria, sin fusiles Mausser ni Verder, está el venerable Pontífice rigiendo al mundo, predicando la fe y la caridad á las naciones, mostrándoles los principios á que deben ajustar su conducta, pues no es distinta la verdad para las naciones y para los individuos; no es una la moral de los hombres y otra la de los Estados; sus misioneros penetran entre los infieles y tribus bárbaras para enseñarles la verdadera civilización, dispuestos á dar su vida en el martirio en defensa de la fe; sus encíclicas, encaminadas á enseñar el camino que debe seguirse en las cuestiones que más agitan hoy á la sociedad. ¡Quiera Dios que el nuevo siglo que comienza sea siglo de prosperidades y venturas! ¡Quiera Dios que, si el el siglo XIX ha sido fecundo en adelantos materiales, sea el siglo XX fecundo en los progresos morales, más importantes seguramente que aquéllos, y que, normalizada y encauzada la sociedad sobre las verdaderas y únicas bases en que debe descansar, pueda verificarse la verdadera fraternidad de los pueblos y los individuos, escribiendo sobre la faz del nuevo siglo la palabra PAZ, *que tanto se anhela!*

ERNESTO AMADOR,
Doctor en Derecho.

EDUCACIÓN LITERARIA EN ROMA

EN EL SIGLO PRIMERO



Comparando la cultura de Roma en el primer siglo antes de Jesucristo con el primero de nuestra era se nota á primera vista una decadencia asombrosa. Las causas fueron muchas; pero de ellas no quiero ocuparme en este momento. Sólo diré que, á mi juicio, las mismas que influyeron en el cambio de forma en el gobierno, lo hicieron también en la literatura y en las costumbres, y que la más poderosa de ellas fué sin duda los principios filosóficos que, primero á hurtadillas y luego en público, venían enseñándose tiempo hacía.

No presentaré mis opiniones sobre el asunto, sino que daré las palabras de algunos escritores, permitiéndome solamente ponerles, por vía de nota, algunos comentarios.

Persio.

Aulo Persio Flaco nació en Volaterra hacia el año treinta y nueve ó cuarenta de nuestra era, siendo Emperador Tiberio y Cónsules Fabio Prisco y Lucio Vitelio. Pertenece su familia al orden ecuestre y recibió una educación correspondiente á su rango. En su patria estudió las artes, ó sea las primeras letras, y en Roma la gramática, ó sea la segunda enseñanza en la escuela de Rhemnio Palemón, gramático muy nombrado y competente. Luego se dedicó á la elocuencia en la escuela del retórico Virgilio Flavio. Á los diez y seis años había terminado sus estudios, y como era de carácter modesto y recogido no quiso consagrarse al foro, ni á la milicia, ni á los empleos públicos, que eran las tres carreras de los romanos, y

se dedicó al estudio de la filosofía bajo la dirección del célebre estoico Anneo Cornuto, que la enseñaba públicamente en Roma, y era uno de los que la habían puesto en moda por aquel tiempo en el Imperio.

Queriendo hacer algún alarde de sus conocimientos filosóficos con utilidad del público, escribió sus sátiras contra las corrompidas costumbres de su tiempo. La tercera es un diálogo entre un filósofo y un alumno noble. Por ella vemos algo de las costumbres literarias de los romanos en el primer siglo de la era cristiana durante la dominación de los primeros Césares. La nobleza romana, sistemáticamente por la suspicacia de Tiberio y por la envidia y avaricia de los libertos que por bajo cuerda gobernaban, huía de los empleos públicos y del foro. La guerra, que antes había sido su principal ocupación, se le resistía ya, y los cargos militares habían venido á la gente plebeya. Aquellos orgullosos patricios que habían arrastrado tantas veces detrás de su carro de marfil generales y reyes enemigos, no tenían ya más ocupación que la crápula. Algunos de ellos, sin renunciar del todo á sus orgías, se dedicaron á estudiar la filosofía estoica para hacer frente con serenidad al decreto del Senado que los declararía reos de lesa majestad en el momento que menos lo esperasen.

El filósofo que nos pinta Persio va por la mañana recogiendo sus discípulos y con algunos llega á casa de un joven patricio que está durmiendo todavía la embriaguez del día anterior, y en el animado diálogo que se entabla entre ellos expone el maestro los principios de su doctrina.

SÁTIRA TERCERA

Maestro.—¿Conque siempre ha de suceder lo mismo? Ya el claro día entra por las ventanas y dilata con su luz las estrechas rendijas.

Alumno.—Roncamos hasta que la sombra del punzón toque en la quinta línea, lo que es suficiente para dormir el indómito falerno.

Uno de los que acompañan al maestro.—Vamos, ¿qué haces?

La enfermiza canícula tuesta ya hace tiempo las secas mieses y todos los rebaños están ya bajo el copudo olmo.

Alumno.—¿Cómo? ¿Qué es eso? Venga pronto alguno. ¿Nadie viene?

Maestro.—¿Se te excita la vidriosa bilis?

Alumno.—Tengo que gritar hasta que creas que rebuznan todos los asnos de Arcadia.

Poeta.—Ya le ponen en las manos el libro y el pergamino de dos colores, limpio de pelos, y la nudosa caña. Entonces se queja de que la tinta espesa se queda pegada en la pluma, de que la sepia se desvanece con el agua que se le echó, de que la pluma da mucha tinta.

Maestro.—¡Oh desdichado y cada vez más desdichado. ¿Hasta ese punto llegamos? ¿Por qué semejante á tierno palomó ó á los hijos de los reyes no pides paladear con preferencia manjares muy picados, y enojado rehusas dormirte con el canto de la nodriza?

Alumno.—Pues qué, ¿he de trabajar con esta pluma?

Maestro.—¿Á quién dices eso? ¿Á qué andas con rodeos? Te estás burlando de ti mismo; como loco pierdes el tiempo: serás desechado como vasija de barro mal cocida que al ser probada con un golpe manifiesta su defecto porque suena mal. Ahora eres barro húmedo y suave; ahora hay que darse prisa á dejarse modelar en la ligera rueda, pues las cosechas del campo de tu padre son pequeñas y tu vajilla pobre.

Alumno.—¿Y por eso temes? La pátera pequeña es seguro guarda del hogar.

Maestro.—¿Es eso bastante para ti, ó te conviene romperte los pulmones perorando porque eres el ramo milésimo de un tronco toscano, y porque vestido de trabea saludas á tu censor? (1) *Los ropajes engañan al pueblo; yo te conozco interior*

(1) Los patricios romanos fueron siempre por extremo orgullosos, lo que dió motivo á muchos disturbios en Roma. En la época del Imperio, cuando ya habían perdido toda su influencia, en vez de trabajar para recobrarla como pudieron hacerlo, se contentaron con su altanería y con vivir entregados á las prácticas epicúreas, que ya se desarrollaron en los tiempos de Cicerón, que llamaba *piscinarios* á los que las seguían para ahogar con ellas el disgusto que les producía la omnipotencia de Julio César.

y exteriormente. ¿No te da vergüenza vivir del mismo modo que el desaliñado Nata? (1).

Alumno.—Ése está embrutecido por el vicio; un graso sebo se ha apoderado de sus fibras.

Maestro.—No es culpable, no sabe lo que pierde. Sumergido en lo profundo, no vuelve á salir á la superficie de las olas.

Alumno.—Recuerdo que, siendo niño, me untaba muchas veces los ojos con aceite cuando no quería aprender las sublimes palabras de Catón al morir, que habían de ser muy alabadas por mi loco maestro, para que mi padre, sudando, las oyese con los amigos llamados al efecto (2). Porque lo que naturalmente yo más deseaba saber era cuánto me daba el favorable seis, cuánto me quitaba el perro, no equivocarme en el cuello de la angosta jarra, y que no hubiera otro más experto que yo en azotar el boj con el látigo.

Maestro.—Para ti no es desconocido el distinguir las costumbres torcidas, ni lo que enseña el sabio pórtico adornado con pinturas de Medos, vestidos de anchos calzones á cuyas enseñanzas se aplica vigilante durante la noche la rapada juventud estoica. La letra pitagórica te mostró con su brazo derecho el camino que has de seguir (3). ¿Roncas aún? Y tu cabeza lacia, aflojadas las cuerdas del cuello, ¿bosteza aún el vino de ayer, abiertas enteramente tus mandíbulas? ¿Hay fin alguno al cual te dirijas, ó hacia el cual enteses tu arco? ¿Ó

(1) Hubo varios romanos, y de algunos habla Horacio, que como este Nata gastaron capitales inmensos en comilonas y borracheras, llegando con el tiempo á ser el escarnio de todos.

(2) Después que los niños aprendían en casa á leer, bajo la dirección de algún esclavo ó liberto, pasaban á la escuela del gramático, y de ésta á la del retórico, en la que, como aquí indica Persio, aprendían á declamar discursos que componía el profesor, ó trozos oratorios. En los tiempos de Persio, la generalidad de los retóricos empleaba un estilo campanudo, y cuando los chicos aprendían algún discursillo, daban una velada en casa de sus padres para que se lucieran el maestro y el discípulo.

(3) Los estudios superiores, leyes y filosofía no tenían escuelas en Roma. Los que querían aprenderlas, se unían todos los días en el foro á un jurisconsulto ó en un pórtico á un filósofo, y con él estaban paseando después del almuerzo hasta el mediodía, en que se retiraban á comer y dormir la siesta. En Roma había pórticos ó soportales, como los hay en algunas de nuestras ciudades, donde el pueblo paseaba en tiempo de lluvias y los filósofos en todo tiempo.

Mientras el filósofo hace reflexiones al alumno, éste se queda dormido.

andas persiguiendo á los cuervos á pedradas ó terronazos, sin cuidarte de tu paradero y viviendo al día? «Cuando tu piel, »enferma, empiece á hincharse, verás que los circunstantes »piden en vano el eléboro: al mal se le debe atajar cuando »viene.» ¿Qué necesidad hay de prometer después mares y montes á los médicos? «¡Oh, desdichados! aprended y conoced las causas de las cosas, qué somos, para qué vida hemos nacido, qué ley se nos ha dado, cuán delicado sea salvar la meta y la ola, qué moderación deba tenerse en el uso »de la plata, qué sea lícito desear, qué tenga de útil la labrada moneda, cuánto sea lo que conviene dar á la patria y á »los queridos parientes, quién ha mandado Dios que seas tú »y en qué situación has sido colocado en este mundo» (1). Aprende y no tengas envidia de que á otro se le corrompa en su rica despensa la abundante provisión ganada defendiendo á los ricos umbríos, y las especias y los perniles, regalo de sus clientes marsos, y las conservas de las que aún no ha concluído el primer tarro (2). Alguno de la clase chotuna de los centuriones (3) dirá: «Bastante tengo con lo que sé; yo no me cuido de ser lo que Arcésilas ó los melancólicos Solones que, con la cabeza baja y fijando los ojos en tierra mientras rumian entre sí algún murmullo y silencio de rabia, y con el labio extendido mascullan algunas palabras meditando delirios de algún antiguo enfermo; por ejemplo: «De nada nada se hace; nada puede convertirse en nada». ¿Es esto lo que te hace palidecer? ¿Es esto motivo para que no comas? El pueblo se ríe de estas cosas y la crapulosa juventud prorrumpe en fuertes carcajadas arrugando la nariz».

(1) Estos principios filosóficos, resueltos y generalizados en Roma según el sistema de Epicuro, hundieron primero la república y luego el imperio. Algo de esto podría aplicarse á naciones modernas.

(2) Los abogados, en Roma, no cobraban consultas ni defensas. Sólo percibían lo que les regalaban ó las mandas que les dejaban en los testamentos.

(3) Admirablemente calificada está aquí la clase militar de los romanos. No hacían estudios de ninguna clase, por lo que no es de extrañar que se burlasen groseramente de los filósofos ú hombres de estudio. De Mario, que debía ser muy bruto, dice su paisano Cicerón que *parecía durillo para el estudio de las letras*. Bien sabido es que Napoleón llamaba burlescamente *ideólogos* á los hombres de estudio. De suerte que el mal no se ha concluído del todo.

Si uno dijera al médico:

—Obsérvame; no sé qué palpitaciones siento en el pecho, y qué aliento pesado sale de mis fauces enfermas. Obsérvame, por favor.

Si el médico le mandase guardar cama y el enfermo notase á la tercera noche que el pulso marchaba ya sosegado, y sintiéndose con sed quisiera bañarse y pidiese antes vino de Sorrento, y pareciéndole pequeños los vasos de su casa pidiese otro mayor, viniendo el médico le diría:

—Amigo mío, estás muy pálido.

—No tengo nada.

—Sin embargo, explícame qué es esto: tu piel amarilla se va hinchando poco á poco.

—Más amarillo estás tú. No vengas á hacer conmigo de tutor; ya hace tiempo que enterré al mío.

—Pues quedas tú por enterrar. Puedes hacer lo que quieras, que en adelante me callaré.

Éste, hinchado por la crápula y con el vientre blanco, exhalando de su garganta pestífero aliento, se baña; pero luego, en la mesa, al beber el vino, le sobreviene un temblor, arroja de sus manos la caliente copa, empieza á dar diente con diente y los succulentos manjares se caen de sus débiles labios. Enseguida las trompetas fúnebres y las luces, y finalmente aquel hombre dichoso se encuentra colocado en un lecho mortuorio y lavado con aromáticos unguentos; extiende hacia la puerta los pies rígidos, y por último, sus libertos le toman sobre sus hombros (1).

Desdichado, tómate el pulso y pon la mano sobre tu pecho.

Alumno.—Aquí no hay calentura.

Maestro.—Toca las extremidades de los pies y las manos.

Alumno.—No están frías.

Maestro.—Pero si por casualidad ves dinero ó si la blanca hija de tu vecino te sonríe con agrado, ¿late tu corazón con regularidad? ¿Te han puesto para comer en un guiso frío ber-

(1) Buena pintura es toda ésta de los gastrónomos romanos. Este vicio suele encontrarse en las sociedades decadentes.

zas duras y harina cernida con el cedazo que ciernen la del pueblo? Veamos tu garganta: en tu delicada boca hay una llaga pútrida que no deberá ser tocada por la popular acelga. Te hielas cuando el temor puso en tus miembros los pelos de punta: ahora mismo en tu rostro inclinado hierve la sangre, y los ojos echan chispas de ira. Dices que haces lo que el mismo loco Orestes juraría que no es propio de un hombre cuerdo.

CARLOS LASALDE.

(Continuará.)

EL TEARTO DE SCHILLER ⁽¹⁾

Mich haelt kein Band, mich fesselt keine Schranke,
Frei schwing ich mich durch alle Räume fort,
Mein unermesslich Reich ist der Gedanke,
Und mein geflügelt Werkzeug ist das Wort.
Was sich beweget in Himmel und auf Erden,
Was die Natur tief in verborgenen schafft,
Muss mir entschleiert und entsiegelt werden,
Denn Nichts beschraekt die freie Dichterkraft;
Doch schoenres find ich Nichts, wie laeng ich waehle,
Als in der schoenen Form die schoene Seele.

No hay espacio que me contenga ni barrera que me encadene; libre me lanzo por todo el cielo; mi inconmensurable imperio es el pensamiento y mi instrumento alado la palabra. Lo que se mueve en el cielo y en la tierra, lo que la naturaleza crea en el más profundo misterio, debe abrirse ante mí y descorrer sus velos, porque nada estrecha el libre poder de la poesía. Nada hay, sin embargo, que sea más bello á mis ojos que un alma hermosa que se manifieste en la belleza de la forma.

SCHILLER, *de sí propio*.

CAPÍTULO I

Preliminares.

1. Ligera sinopsis de la obra realizada por los dos mayores genios literarios de Alemania.—2. Goethe: indicaciones acerca de su temperamento literario y de su significación poética.—3. Su evolución del romanticismo al clasicismo ideal.—4. Aspecto ideal y naturalista de su musa: fase científica de su talento enciclopédico.—5. Schiller: su representación como dramaturgo; papel importante que desempeñó su teatro en la creación y vulgarización de la literatura nacional.—6. Lessing, precursor de Schiller y Goethe y promotor del despertar literario de Alemania.—7. Aspiraciones y principios en que se funda la personalidad poética de Schiller: carácter eminentemente ideal de su musa: su teoría del «arte por la idea».—8. Schiller como poeta épico y lírico: carácter filosófico de esta última clase de composiciones.—9. Otra manifestación del talento de Schiller: Schiller como historiador y filósofo: sus trabajos sobre la Estética.—10. Influencia del movimiento romántico iniciado en Alemania: los dramas de Schiller considerados como factor importante de dicha influencia.

(1) Tesis doctoral sostenida por el autor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid.

1. En Alemania, donde pasé algunos años, empecé á conocer las admirables joyas literarias de aquellos dos Proteos de la musa germánica, verdaderos titanes que, con su poderoso genio, destruyeron las tendencias exageradas y enfermizas de su tiempo y elevaron el sólido edificio de una literatura robusta y grandiosa, cuya belleza incomparable y valor intrínseco le garantizan la inmortalidad.

No se puede hablar de uno de los dos poetas sin que la mente evoque á la vez el recuerdo del otro; su obra es complementaria, pues Goethe y Schiller trabajaron los dos para un mismo fin, colaboraron de modo infatigable en la empresa de fundarlo que ellos llamaban «la Ciudad ideal», la Patria alemana, por medio de la unión intelectual que se propusieron realizar, y realizaron, con la creación de una literatura nacional, independiente y libre de las mil influencias exóticas (sobre todo la francesa), que originaban un caos inextricable y enervaban la musa del Norte. Quizá sólo con el de Homero sea comparable el influjo que estos grandes vates ejercieron en la vida intelectual y más tarde en la vida política de su pueblo; porque ellos fueron los que fundaron la unidad del imperio alemán, la cual no hubiera podido sellar el Canciller de hierro si no la hubiera encontrado ya existiendo moralmente entre todos los Estados germánicos, basada en esa literatura nacional que, aproximando el corazón de todos y elevando noblemente su sentimiento, les inculcaba poco á poco la idea de volver á unirse también en política para constituir una nación poderosa.

Tal fué el glorioso fruto de la obra de esos dos hombres, en cuyas frentes el genio estampó su divino rayo.

2. Naturaleza ardiente y apasionada, Goethe, con su talento extraordinario, con su sensibilidad y exaltación (y, además, su físico de singular hermosura, que le valió el sobrenombre de Apolo), hubiera sido un volcán capaz de abrasarlo todo, sin su voluntad de acero que él convirtió en domadora de sus pasiones y debilidades (venció el vértigo, la «fiebre del cañón»), ocupándose toda su vida en estudiarse, en perfeccionarse y en dominarse con el fin de quedar en una independencia completa para el arte.

Esa autoeducación determinó, sin embargo, en su exterior cierta reserva, por algunos calificada de endiosamiento, é impropia del carácter expansivo de un alma de poeta; pero esta anomalía no apagó en él el fuego del más vivo sentimiento: respondiendo á su ardorosa fantasía, hizo vibrar la lira de un modo inimitable, arrancándole esos divinos «Lieder» que le coronan rey de la lírica alemana. Mientras sus detractores le tratan de soberano egoísta y le atribuyen un alma granítica, él compara su sensibilidad á la de un barómetro, y rinde al amor, en cuyo cáliz bebió ávidamente, un culto apasionado y constante, que sella en oro con su genial poema, en el cual, como dice D. Urbano González Serrano, «concibe un Eterno Femenino que le arrastra hacia el cielo y, si puede á veces vivir sin Mefistófeles, no comprende su existencia sin el amor y, cuando muere Margarita, necesita que le acompañe Helena» (1). Vivo retrato del protagonista de su alegórico poema, Goethe es el doctor Fausto, síntesis del saber humano, con sus consiguientes luchas, desengaños é inasequibles resultados ontológicos, cuyo dogma viril es la acción, el combate y la vida, y cuya alma inquieta é investigadora se afana por descubrir el enigma de la verdad absoluta y de la belleza infinita; es el doctor Fausto, que cuando se convence de lo estéril de sus esfuerzos y de lo impotente de la ciencia para despejar la insondable incógnita, lejos de rendirse al cansancio, concluye por la ley de la vida, y va á rejuvenecerse en la fuente del amor y recibir de los labios y del corazón del Eterno Femenino la pureza que le redime y que le lleva al cielo.

3. Goethe es, según dice Bossert, el poeta más completo de Alemania y el que representa por sí solo todas las direcciones de la literatura de su patria, de la cual es el verdadero centro.

Empieza su carrera literaria llevando á sus composiciones la frescura y espontaneidad de una naturaleza joven y entusiasta, condiciones que son también la divisa del período romántico, del cual el autor del *Goetz von Berlichingen* y del

(1) Goethe, *Ensayos críticos*, pág. 86.

Werther es el más glorioso representante. Pero, cuando llega á la edad viril, desea algo más que la espontaneidad en el arte, siente necesidad de compenetrar el fondo y la forma en íntima armonía, estableciendo «una completa conformidad entre lo real y lo ideal, mediante adecuada conformidad de lo sublime del fondo con lo rítmico en la forma» (1). Quiere reemplazar el reflejo deslumbrador, pero irregular y caprichoso, de la llama de la espontaneidad por una belleza rítmica, serena y majestuosa, depurada de lo anormal é inarmónico que resultaba de la concepción particularista que su tiempo tenía de la belleza: el jefe de los *Stürmer und Draenger* se convierte al clasicismo ideal, conversión que es la «consecuencia necesaria del desenvolvimiento de su genio» (2).

Goethe se sentía atraído hacia la antigüedad por el culto que esta rendía á la forma, así es que al volver en 1788 de su viaje á Italia, donde acabó de penetrarse del arte clásico, traía ya el propósito de ser en su país el imitador y continuador de esa literatura (3) que, si es cierto acentuó de un modo quizá algo exagerado la serenidad olímpica que imprimía á los tipos de sus producciones, le llevó á conseguir un grado tal de pureza y perfección en la forma, que «pasma», como dice D. Juan Valera al hablar del *Fausto* (4).

No conozco nada que exprese de modo tan exacto y poético á la vez la potencia y perfección del espíritu de Goethe, el carácter de la evolución artística cuya inspiración le llevó á Italia—nada que represente esa unión entre la armonía de la forma y la intensidad del fondo, dorado fruto que el poeta germano fué á desenterrar de las ruinas del Parnaso,—como los siguientes versos de Augusto Barbier, quien al contemplar los sublimes restos de la clásica Roma, no puede menos de

(1) Goethe, *Ensayos críticos*, pág. 79.

(2) Goethe, *Ensayos críticos*, pág. 80.

(3) Después de haber pagado Goethe, como buen hijo del Norte, su deuda á la patria alemana con la publicación de sus primeras obras, va á sentarse, para no separarse ya de él nunca, al banquete de los griegos. (*Sainte-Beuve, Nouveaux lundis*, t. 3, pág. 3, 131).

(4) Prólogo á la traducción castellana del *Fausto*, de D. Guillermo English.

asociar el nombre de Goethe al recuerdo del genio de la antigüedad:

«Et toi, divin amant de cette chaste Hélène,
Sculpteur au bras immense, à la puissante haleine,
Artiste au front paisible avec les mains en feu,
Rayon tombé du ciel et remonté vers Dieu;
O Goethe, o grand vieillard, prince de Germanie!
Penché sur Rome antique et son mâle génie,
Je ne puis m'empêcher, dans mon chant éploré,
A ce grand nom eroulé d'unir ton nom sacré.»

4. Goethe es el poeta de la naturaleza, idealiza lo real; del incidente más insignificante, que para otro pasara inadvertido, él hace una escena preciosa: «La poesía, dice, se halla en la vida, basta saber encontrarla». «En una palabra, es, según la poética y gráfica expresión de Castelar, «el oráculo de la naturaleza en el templo del arte» (1).

Talento enciclopédico, quiso estudiar científicamente esa naturaleza que cantaba, y se distinguió en las ciencias físicas y naturales, descubriendo el hueso intermaxilar humano y publicando su famosa teoría de los colores y su notable Metamorfosis de las plantas, donde su alma de poeta presiente á veces lo que la ciencia aún no había demostrado. (Hegel lo llama precursor del transformismo.)

Tal fué el primero de esos dos hermanos en las letras, cuyo genio universal, si bien, según lo reconoce el mismo Schiller, era superior al suyo, no eclipsa, sin embargo, á éste, ni lo iguala en el drama, pues las composiciones escénicas de Goethe vienen á ser poemas dramatizados, que carecen del contraste y acción inherentes al arte de Talía, ostentando los protagonistas, demasiado sistemáticamente, un aspecto augusto y majestuoso que les da uniformidad de carácter y quita á la acción viveza de colorido.

5. Hermana de las musas, el alma tierna y poética de Schiller voló directa á su vocación por encima de las trabas y dificultades que se le oponían. Pulsó la cuerda dramática con

(1) Discurso de recepción en la Academia Española.

una maestría y sonoridad que quizás en enjundia fué únicamente superado por el poderoso genio instintivo del gran Shakespeare, á quien, en cambio, aventajó en la armonía y perfección de la forma (1).

Fué el inspirado dramaturgo, como el alma de esa literatura nacional creada en colaboración con Goethe, pues entendían que además de ser el teatro un poderoso medio de educación artística y también moral—como lo demostró Schiller, según veremos más adelante, en su discurso de recepción en la Sociedad alemana del Palatinado, titulado «Die Schaubühne als eine moralische Anstalt betrachtet» (El teatro considerado como institución moral),—es la dramática, por la universalidad de su carácter é influencia, el género literario que reúne las mejores condiciones para fundar una literatura nacional, para despertar el espíritu colectivo de un pueblo, es decir, su unidad de sentimiento y de criterio en cuestiones sobre las que otros pueblos piensan y sienten de distinto modo, individualizar la nación enfrente de otras naciones; en una palabra, su espíritu nacional. Así lo comprendió y expresó Schiller en el párrafo de su discurso que á continuación transcribo, concluyendo con la certera profecía de que Alemania llegaría á formar una nación, si lograra tener un teatro nacional.

«Nationalgeist eines Volkes nenne ich die Aehnlichkeit und Ubereinstimmung seiner Meinungen und Neigungen bei Gegenstaenden, worüber eine andere Nation anders meint und empfindet. Nur der Schaubühne ist es moeglich, diese Ubereinstimmung in einem hohen Grad zu bewirken, weil sie das ganze Gebiet des menschlichen Wissens durchvandert, alle Situationen des Lebens erschoeft und in alle Winkel des Herzens hinunterleuchtet; weil sie alle Staende und Klassen in sich vereinigt und den gebahnsten Weg zum Verstand und zum Herzen hat... Wenn wir es erlebten, eine Nationalbühne zu haben, so würden wir auch eine Nation.—Llamo espíritu nacional de un pueblo la semejanza y concordancia de sus pa-

(1) «En la parte técnica y escénica—decía Goethe— el mérito de Calderón es incomparable; pero Schiller le excede mucho en la solidez, la profundidad y la alteza del fin.» (D. Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, t. IV, siglo XIX, volumen I.)

receres é inclinaciones en asuntos sobre los cuales otra nación piensa y siente de distinto modo. Sólo el teatro puede efectuar esa concordancia en un alto grado, porque recorre todo el dominio del saber humano, abarca todas las situaciones de la vida y pone al descubierto los sitios más recónditos del corazón; porque comprende en sí todos los estados y clases, y conoce el camino más corto para llegar á la inteligencia y al corazón... (Si lográramos tener un teatro propio, llegaríamos también á ser una nación.)»

La creación de ese teatro nacional fué la insigne obra de Goethe y, sobre todo, de Schiller; si bien este dramaturgo no tuvo continuadores, sus obras valen por sí solas un teatro y contribuyeron poderosamente á determinar el resultado que él señala, y quiere obtener con un teatro nacional la formación de la nación alemana. Prueba elocuente de ello es la popularidad que inmediatamente alcanzaron los dramas de Schiller, penetrando y conmoviendo á la vez todas las clases sociales, emocionando á un tiempo á jóvenes y ancianos por el espíritu siempre atrevido é idealista que respiran, despertando entusiasmo en la juventud, y en el otoño de la vida, marchitado por las experiencias dolorosas y sinsabores de la existencia, anhelo por volver á los ensueños de la dorada primavera y de las viriles aspiraciones que constituyen el fondo de las obras de Schiller, fiel eco que eran y viva expresión de los sentimientos é ideas de su pueblo, correspondencia que explica por sí sola la última compenetración que se reveló entre el poeta y sus lectores.

Conviene, no obstante, restringir algo la afirmación de Schiller respecto á que el drama sea elemento primordial de toda literatura nacional, pues hecha de ese modo categórico, pugna con la verdad histórica, que muestra que dicha afirmación sólo es cierta para determinados pueblos y épocas, y que no puede por tanto formularse de una manera general y absoluta.

Exacta era esa declaración para Alemania en el tiempo de Schiller, y siguió siéndolo durante los dos primeros tercios de nuestro siglo, porque respondía al teatro, satisfaciéndolas, á las necesidades y direcciones espirituales de la nación germánica; y sin duda, por identificarse el mismo Schiller con

ese excelente y completo género literario, en calidad de alemán y por efecto de la natural inclinación de su musa, consideró el drama como eje de toda literatura, sin fijarse en que la historia contradecía la universalidad de la tesis.

Vemos, por ejemplo, que en Grecia el género literario que expresó primero y más íntimamente el carácter y esencia de aquel pueblo, que constituyó el fundamento y médula de su literatura, es la grandiosa epopeya, es Homero, que por espacio de varios siglos fué el único lazo intelectual que, juntamente con la comunidad de los ritos religiosos, mantuvo entre tantas tribus y colonias el recuerdo de su unidad de raza, y conservó vivo el sentimiento de la nacionalidad, por el que todos se reconocían hijos de Hellen. Más tarde, el teatro, que rayó en Grecia á singular altura y despertó en aquel pueblo artístico un fervoroso entusiasmo, no vino sino á completar á Homero, no á sustituirle, pues la Iliada y la Odisea quedaron siempre como el libro por excelencia, la Biblia de los griegos.

En España, el género popular fué el romance que, juntamente con la Religión, dibujó el carácter nacional, constituyendo ambos, posteriormente, la génesis de la dramática española, forma preeminente de la literatura nacional desde su edad de oro hasta la guerra de la Independencia. Por eso Lope de Vega y Calderón cultivaron al mismo tiempo dramas de aventuras caballerescas y dramas teológicos, en que se diserta sobre principios dogmáticos que preocupan á los personajes y forman el móvil de sus acciones.

En Inglaterra, en cambio, el teatro no fué nunca expresión del espíritu nacional, á pesar de tener un Shakespeare, pues éste en sus dramas es poeta humano más que poeta nacional; y además, el animado movimiento dramático determinado por el insigne dramaturgo se paralizó con la revolución puritana de 1649, que cerró los teatros; cuando, atenuado el rigor religioso, volvióse en tiempos de Carlos II á la escena, fué más bien para resucitar la tragedia antigua, siguiendo á este breve y facticio período la brillante explosión de la era novelesca, que se inauguró con el siglo XVIII, y en la cual los ingleses, como Shakespeare en el drama, prodigaron sus admirables facultades de pintores de caracteres, constituyen-

do este género durante dos siglos el núcleo de su literatura, representada por una numerosa pléyade de ilustres escritores, entre los cuales se distinguieron particularmente Daniel Foe, el autor del célebre *Robinson Crusoe*, Richardson, Fielding, Swift, Sterne, y, en nuestro siglo, Walter Scott, el poeta-novelistas, creador de la novela histórica, y en la novela de costumbres los populares autores Dickens, Tackeray y Bulver Lytton.

En Francia también las tendencias nacionales se resumen actualmente en la novela, según se observa en las novelas de Eugenio Sué, símbolo del socialismo soñador; las de Víctor Hugo, encarnación de la leyenda napoleónica y del mismo socialismo idealista *Los Miserables*, y en nuestros días, las novelas de Zola, expresión del socialismo más positivista, y los escritos de los decadentes, que tienden por igual á un pietismo socialista (Huysman, Baudelaire, Verlaine).

Hoy día, el teatro en general ha perdido su virtualidad; no impresiona como antes, casi nadie se satisface ya con esta forma literaria, y ningún teatro contemporáneo es expresión nacional de un pueblo.

El espíritu requiere y busca otros derroteros. Así dicen los críticos que en España el género literario característico del siglo ha sido la lírica: las odas de Quintana, la musa fogosa de Espronceda y la tendenciosa de Campoamor; y que en Alemania, el espíritu se ha inclinado á la música y compenetrándose con el drama lírico, que trajo á la escena una intensidad de expresión del sentimiento, vedada al drama por la naturaleza de sus condiciones. Como dice Rosenkranz, al comparar la leyenda de *Fausto* con la de *Don Juan*, puesta en música por Mozart: «Um die Tiefen der Sinnlichkeit zu erschliessen, ist die Musik maechtiger als die Poesie, weil Diese die Empfindung nicht, wie der Ton, direkt, sondern nur indirekt durch die Vermittlung der Phantasie ergreift. Die Schwelgerei des Gefühls in der Lust wie im Schmerz, ist nur der Musik voellig auszumalen moeglich».

(Para expresar la intensidad de la sensación, la música es más poderosa que la poesía, porque ésta no se apodera del sentimiento directamente como el sonido, sino sólo indirectamente.)

tamente por medio de la fantasía. La voluptuosidad del sentimiento, en la alegría como en el dolor, sólo la música puede reproducirla plenamente.) («Goethe und seine Werke», página 327) (1).

Pero volviendo á Schiller, recorramos rápidamente el período que precedió á su obra, y en el cual ésta tiene sus raíces.

6. Antes de Schiller, Lessing, con su crítica, sólida é inexorable (2), había dado en Alemania el primer toque de muerte al clasicismo francés y señalado con sus dramas (*Minna von Barnhelm*, *Emilia Galotti*, *Nathan der Weisse*) el carácter y rumbo que, según él, debía tomar el teatro. Eran sus dramas una protesta contra el ceremonial y convencionalismo del arte de ultra-Rhin, pero protesta hecha con la seriedad y medida propias del talento claro y equilibrado de Lessing. Las obras de éste fueron una revelación: la latente efervescencia estalló, y los espíritus se desencadenaron contra las trabas impuestas á la sociedad y á la inteligencia por el despotismo, la moda y la hipocresía. Se abría la célebre «Sturm- und Drangperiode», caracterizada por una reacción violenta y desenfrenada, por un romanticismo sentimental y exagerado.

Goethe y Schiller participaron de la exaltación de sus coetáneos; pagaron, como los demás, su tributo á la influencia de la época, y sus premisas ofrecieron el consiguiente apasionamiento y desaliño, si bien, por el talento excepcional de sus autores, se hallan muy por encima de las obras de los demás «Stürmer».

(1) «La poesía parte del corazón y por medio de la razón y de la fantasía habla al corazón; la música parte del corazón y habla al corazón directamente, sin otro intermediario que el sentido del oído. Cada una de estas dos artes habla, pues, en la otra su complemento natural. El sentimiento puro que la palabra no puede ya expresar, lo interpreta la música, cuyo penetrante lenguaje se adapta maravillosamente á nuestras alegrías y á nuestras tristezas íntimas. Pero, á su vez, la música necesita del auxilio de la palabra para precisar lo que quiere decir; limitada á sus propios recursos, no puede abandonar la vaga región de la emoción elemental; es una voz íntima y expresiva que hace vibrar las fibras más sensibles de nuestro corazón, pero sin decir nada á nuestra inteligencia... De la alianza de la palabra y de la música nacerá la imagen artística de la vida más alta, más completa que se pueda concebir.» (*Richard Wagner, poète et penseur*, par Henry Lichtenberger, introduction, pag 3.)

(2) Estudió el teatro clásico español y el inglés, inspirándose en su procedimiento de composición libre y natural, que hace de ellos teatros propiamente románticos, por mezclar lo trágico y lo cómico, según sucede en la realidad.

Pasado ya el primer ardor juvenil, los dos amigos salieron serenos de ese período de agitación social y artístico, y empezaron á informar el carácter sólido, amplio y majestuoso que distingue su literatura é imprimieron á sus obras un sabor marcadamente clásico que les dió más ventajas que inconvenientes.

7. Admirador de Rousseau, el espíritu del gran revolucionario encendió en la naturaleza, ya idílica y entusiasta, de Schiller el sentimiento de una viva aspiración hacia la libertad, que llevó su alma noble y altruista á concebir un sueño ideal respecto de la felicidad humana, felicidad que él mismo quiere conseguir por medio de la religión, de la libertad y del arte. Estos ideales, que presiden á sus concepciones estéticas, sintetizan la personalidad moral de Schiller y permiten abarcar de una sola ojeada el carácter y tendencia general de sus dramas.

En su discurso de recepción en la ya citada Sociedad, declara que el arte tiene un fin análogo al de la religión, y que, como ella, está llamado á educar y ennoblecer á la humanidad:

«Derjenige, welcher zuerst die Bemerkung machte, dass eines Staats festeste Saecule Religion sei—dass ohne sie die Gesetze selbst ihre Kraft verlieren, hat vielleicht, ohne es zu wollen oder zu wissen, die Schaubühne von ihrer edelsten Seite verteidigt. Eben diese Unzulaenglichkeit, dieses schwankende Eigenschaft der politischen Gesetze, welche dem Staat die Religion unentbehrlich macht, bestimmt auch den sittlichen Einfluss der Bühne... Tausend Laster, die Jene (die weltliche Gerechtigkeit) ungestraft duldet, estraft sie, tausend Tugenden, wovon Jene schweigt, werden von der Bühne empfohlen. Hier begleitet sie die Weisheit und die Religion. Aus dieser reinen Quelle schoepft sie ihre Lehren und Muster.»

(Quien primero hizo observar que la columna más sólida de un Estado era la religión—que sin ella las mismas leyes pierden su fuerza, acaso ha defendido sin quererlo ó sin saberlo el teatro en su aspecto más noble. Precisamente esa insuficiencia, ese carácter de inseguridad de las leyes políticas, que hace la religión indispensable para el Estado, determina

también la influencia moral de la escena... Mil vicios que aquélla (la justicia humana) deja impunes, el teatro los castiga; mil virtudes que aquélla calla, él las recomienda. Aquí acompaña á la sabiduría y á la religión. De esta pura fuente saca sus enseñanzas y sus modelos.)

El arte tiene la misión de la cura de almas, según dijo Moreno Nieto, interpretando la filosofía estética de Schiller. Este, en su composición «Die Künstler», («Los Artistas»), considera la belleza como símbolo de lo verdadero y de lo bueno, como diáfana envoltura de la verdad y de la moralidad, y sostiene que el fin de todo desarrollo espiritual humano está en una libre educación moral, basada en la propia dignidad del hombre (1). No olvida, sin embargo, que no se puede identificar por completo el arte con la moralidad, ni la belleza con el bien, cuando existe belleza en lo feo (*Quasimodo* en *Notre-Dame de Paris*) y belleza en lo malo (*Mefistófeles*), presentida ya por los antiguos en lo que ellos llamaban «*lusus naturae*», juegos ó burlas de la naturaleza; y reconoce que este orden inferior de belleza puede reflejar, como el otro, la genialidad del artista. Dice, al efecto, en su artículo «La poesía ingenua y la sentimental» («*Naive un sentimentalische Dichtung*»): «*Freilich darf der Dichter auch die schlechte Natur nachahmen, und bei dem Satyrischen bringt Dieses ja der Begriff schon mit sich; aber in diesem Falle muss seine eigene, schoene Natur den Gegenstand übertragen, und der gemeine Stoff den Nachhmer nicht mit sich zu dem Bodem ziehen.*»

(El poeta puede, claro es, imitar también las deficiencias

(1) «Nur durch das Morgenthor des Schoenen
Drangst Du in der Erkenntnis Land...
Was erst, nachdem Jahrtausende verflossen,
Die alternde Vernunft erfand,
Lag im Symbol des Schoenen und des Grossen,
Vorausgeoffenbart dem kindischen Verstand.
Ihr hohes Bild hiess uns die Tugend lieben,
Ein zarter Sinn hat vor dem Laster sich gestraeubt.

(Únicamente por la aurora de lo bello penetraste en la región del conocimiento... Lo que sólo ahora, tras millares de años transcurridos, la razón ha encontrado, se hallaba en el símbolo de lo bello y de lo grande, revelado al entendimiento de los niños. Su noble imagen nos hizo amar la virtud; un delicado sentimiento se ha ruborizado del vicio.)

de la naturaleza, y el concepto de lo satírico lo lleva ya consigo; pero, en este caso, debe representar el objeto inspirándose en las condiciones bellas de su propia naturaleza y cuidar que el asunto vulgar no arrastre al suelo consigo al imitador.)

Schiller, como todo verdadero genio que presiente su misión, más que seguir la rutina de las reglas establecidas, se acoge á la libertad, cuyo espíritu bienhechor le inspira sus más grandes creaciones y le sugiere las más nobles ideas acerca de la emancipación de individuos y pueblos. Estas ideas las expone y desenvuelve magistralmente en sus cartas «Sobre la educación estética del hombre», á las que da principio señalando las tendencias materialistas de su tiempo, que hacen de la utilidad «el gran ídolo de la época, á que todas las energías deben rendir tributo y todos los talentos homenaje» (das grosse Idol der Zeit, dem alle Kraefte frohnen und alle Talente huldigen sollen). El arte puro, el arte de lo ideal, hijo de la libertad, que obedece á las necesidades del espíritu, no á las de la materia, se halla restringido y amenaza naufragar en medio de las tendencias positivas, de las especulaciones filosóficas é investigaciones científicas que cautivan los espíritus, ocupados, además, por el desarrollo de los acontecimientos políticos, que despiertan grandes esperanzas de progreso y perfeccionamiento. Schiller cree poder conseguir esa libertad, por la que todos suspiran, por medio de la belleza, del arte, debiendo ser el camino que á ella conduzca un camino estético, es decir, trazado en la belleza, en lo noble, en lo grande, en lo verdadero, en lo bueno, y, por tanto, en el arte, que expresa y esculpe en sus producciones esas cualidades (1 y 2) que condicionan la libertad, que «son la libertad». Esta teoría, sin embargo, exige su demostración, á cuyo efecto recuerda Schiller los principios fundamentales según los cuales se guía la razón en toda legislación política.

(1) «...Aimer le vrai, le beau, chercher leur harmonie...» (Alfred de Musset: *Impromptu*, en réponse á cette question: «qu'est-ce que la poésie?»)

(2) «El arte está encargado de mostrarnos la asociación de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno.» (Goethe: *Afinidades electivas*.)

El hombre nace, dice Schiller, sometido al imperio de una ciega necesidad que lo convierte en pasivo instrumento de las influencias del medio, hasta que, en virtud del desarrollo de su inteligencia, vuelve á recorrer con la razón el camino por donde inconscientemente le había llevado la naturaleza, rompiendo desde aquel instante los lazos que, por entero, á ella le ligaban, y tomando su atrevido vuelo hacia las sublimes regiones de la inteligencia y de la razón, que lo consagran «hombre».

Á partir de este momento, el hombre depura la «necesidad» de su carácter animal, la idealiza y embellece, como sucede con el amor sexual, donde el hombre «extingue por la moralidad y ennoblece por la belleza el aspecto grosero que dicha necesidad le imprime»; sobre el hombre físico se levanta, pues, un hombre ideal, cuyo carácter es el de una unidad inmutable, con la cual debe aquél, en medio de todas sus transformaciones, esforzarse en concordar, equilibrándose ambos mutuamente.

Este fenómeno que se produce en el individuo se manifiesta igualmente en los pueblos que, llegados á su mayor edad, tratan de convertir su estado natural en un estado moral. En esta transformación ha de cuidarse de que, «al llevar su unidad moral á la sociedad física, la razón no hiera la diversidad de la naturaleza y, al esforzarse la naturaleza por mantener su diversidad en la constitución moral de la sociedad, no sufra con ello la unidad moral detrimento alguno. Totalidad del carácter ha de hallarse, por tanto, en el pueblo que debe ser capaz y digno de cambiar el estado de necesidad por el estado de libertad».

Ahora bien, ¿qué elemento, qué influencia determinará en el pueblo ese tránsito de un estado á otro y hará al pueblo capaz y digno de tender á ese ideal? Schiller, por un proceso de razonamiento que sería prolijo seguir paso á paso, dada la naturaleza de este estudio, viene á demostrar, coincidiendo con el punto de partida, que el arte es el gran educador de la humanidad, y que la facultad para entrar en posesión de la libertad.

Ésta es la teoría del «arte docente», es decir, que Schiller le da un fin, en lo cual, como en otras cuestiones, se separa

de Kant cuando éste dice que el arte es «finalidad sin fin», dándole por única misión la de agradar, y desconociendo en él el aspecto ético y educativo, que es el que el poeta viene á poner de relieve, mostrando el papel importante, quizá por él algo exagerado, que desempeña en la determinación del progreso humano.

Tan persuadido está del fin práctico del arte, que exclama en su poesía «An die Muse»: «Was ich ohne Dich waere, ich weiss es nicht; aber mir grauet, Seh! ich was ohne Dich hundert! und tausende sind. (Lo que yo sería sin ti no lo sé; pero me aterra ver lo que sin tí son centenares y millares). Y termina su poema «Los Artistas» confiando á éstos la dirección de la humanidad:

«Der Menschheit Würde ist in eure Hand gegeben
Bewahret sie. Sie sinkt
Mit euch! mit euch wir dsie sich heben!
Der Dichtung heilige Magie
Dient einem weisen Weltenplane,
Still lenke sie zum Oceane
Der grossen Harmonie!»

(¡La dignidad de la humanidad está en vuestras manos, guardadla! Con vosotros se rebaja, con vosotros se elevará. La santa influencia del arte está al servicio de un plan del mundo, lleno de sabiduría: ¡que ella guíe á la humanidad en silencio hacia el Océano de la gran Harmonía!)

«Imprime al mundo en que influyes, dice el artista en sus cartas, la dirección hacia el bien, que el tranquilo ritmo del tiempo traerá el desarrollo.» (Gieb der Welt auf die Du wirkst die richtung zum Guten, so wird der ruhige Rytmus der Zeit die Entwickeluug bringen.)

Coincidiendo con la concepción que del arte tiene el poeta alemán (Víctor Hugo en su *Shakespeare* considera á los genios artísticos como las antorchas de la civilización y los propulsores del progreso, y parece estimar á éstos como á seres de orden superior, cuya influencia ha sido la más benéfica para la humanidad), profesa la teoría del «arte por la idea», opinión que ha transcendido de Schiller á Víctor Hugo, y en España, á Campoamor.

8. La índole peculiar de su genio hace de Schiller el poeta de las ideas, pues lo lleva á la reflexión subjetiva y le impulsa á tomar una abstracción como punto de partida, por lo cual sus poesías exceden fácilmente y con frecuencia los límites de lo estético puro; esto es, que el poeta se convierte en filósofo. Pero de ello no se ha de inferir que Schiller se quede en etérea abstracción y seca didáctica, sino que, salvando tan peligroso escollo, sus grandes ideas, de carácter universal, toman en él tal intensidad y calor que se convierten en sentimiento y pasión y, con ello, en poesía, en cuanto siempre las personifica adecuadamente. No es menester, por tanto, buscar en las poesías de Schiller la expresión inmediata del sentimiento sencillo y espontáneo; pero hay que convenir en que, consideradas «como poesías que expresan los resultados de la contemplación filosófica, algunas de ellas no han sido superadas» (ames). Á la sublimidad y nobleza moral de su naturaleza, bajo la cual, según la hermosa palabra de Goethe, «das Gemeine inweseulosem Scheine lag», lo vulgar aparecía sin esencia, á esa nobleza se une un encanto especial que penetra en todos por su idealidad. Quiere completar el mundo real con un mundo ideal, accesible á la inteligencia humana y, en formas diversas, presenta el contraste entre los ideales y la realidad, exponiendo y analizando los medios y condiciones que labran la diferencia entre ambos mundos.

ENRIQUE LICKEFETT Y ENGLISH.

(Continuará.)

CARTA ABIERTA

Sr. D. Juan Luis Estelrich.—Madrid.

Mi estimadísimo amigo, tocayo y compañero: Su artículo sobre el segundo *Anuario de los Juegos florales de Colonia* me ha gustado sobremanera; era excelente y original como todos los suyos. Gracias mil por sus bondades y su celo.

Permítame usted que por su conducto hable hoy en la REVISTA CONTEMPORÁNEA, que tan acertadamente dirige nuestro amigo Alvarez Sereix, en nombre del Consistorio de los Juegos florales de Colonia, rogando á nuestros hermanos los vates inspirados de España que se sirvan concurrir con sus trabajos al certamen coloñés que se celebrará el día 5 de Mayo de 1901.

¡Qué tema más á propósito pudiera elegirse que el sin par heroísmo de que han dado prueba los marinos españoles y alemanes en el puerto de Málaga con ocasión del naufragio de la fragata de guerra *Gneisenau!*

Así como el día 16 de Diciembre luchaban juntos con los furros de las olas los bravos marinos de las dos naciones amigas, hermanándose en la muerte, han de celebrar el heroísmo común los vates de ambos pueblos.

Colonia ofrece una pluma de oro al bardo español que salga victorioso, y estamos seguros de que no habrá perecido en España la raza de los Herrera y Quintana, así como no cesará nunca en la tierra de héroes el valor del Cid.

Acudan, pues, en tropel los vates de España, los rivales de Núñez de Arce, y entonen una oda en honor de los marinos españoles y alemanes, los héroes de Málaga.

¡Qué capricho tan extraño del destino! Ocurrió la espantosa catástrofe en el puerto de la ciudad paradisiaca de Málaga en el mismo momento en que hicieron su entrada triun-

fal en Berlín los primeros marinos alemanes que regresaban cubiertos de gloria de la campaña de China, desfilando ante el Emperador en la calle *Bajo los tilos*, siendo saludados con júbilo universal.

Ya en 1863 escribí yo un soneto celebrando las bellezas del cementerio inglés de Málaga, sin adivinar que día vendría en que aquel bellísimo camposanto fuese el último asilo de un valiente Comandante alemán y de la flor y nata de nuestros marinos.

Hé aquí las condiciones de la convocatoria coloñesa:

Los trabajos que concurren irán señalados con un lema, el cual irá escrito además en el exterior de una carpeta cerrada, en donde se contendrán el nombre del autor y las señas de su domicilio.

El plazo de presentación de trabajos terminará el día 15 de Marzo de 1901.

Los trabajos y sus correspondientes carpetas cerradas serán dirigidos al Sr. Secretario del Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza.

Colonia hará suyo el fallo de los respetables siete mantenedores de los Juegos florales de Zaragoza.

De aquí en adelante cantemos siempre juntos los trovadores de la tierra de Garcilaso y los bardos de Germania, teniendo la misma bandera y el mismo lema: *Patria, fides, amor*.

Suyo,

JUAN FASTENRATH.

Colonia 21 Diciembre 1900.

BREVES NOTICIAS HISTÓRICAS

DE LOS

COLEGIOS Y CONVENTOS DE RELIGIOSOS

INCORPORADOS Á LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES (1)

Convento del Santo Angel.

El grande afecto de D. Diego de Vargas, caballero de Calatrava, y de otros sujetos de la nobleza alcalaína á los padres Franciscos Descalzos de la Reformation de San Pedro de Alcántara ayudó mucho á que se establecieran en Alcalá. Interpusieron su valimiento, apoyando la pretensión del Provincial de dicha Orden para con el Prioste y cofrades del Santo Ángel de la Guarda, que poseían una ermita y varias tierras contiguas á ella en la colina ó alcor así llamado desde aquella época, y consiguieron que cediesen gratuitamente una y otras para que las destinasen aquéllos á casa de su recolección.

La verdadera fundadora del convento fué, sin embargo, D.^a Catalina de Mendoza en 11 de Septiembre de 1625, edificándole de planta y obligando al Colegio de *los Verdes*, asimismo fundado por dicha señora, á que sostuviese la enfermería de dichos padres, que ha existido en la calle de los Gallegos hasta la exclaustación de 1836, adonde trasladaban los religiosos que adolecían de fiebres contraídas en el

(1) Como complemento al trabajo publicado en los dos números anteriores de la REVISTA, damos en el presente la descripción de los Colegios que quedaron por estudiar anteriormente.

Convento, que era malsano por hallarse en una altura que recibe las influencias directas de la evaporación del río Henares, cuyas nieblas ocasionaban á sus habitantes dolencias continuas.

Produjo religiosos observantísimos de su estrecha regla. Uno el P. Sebastián de Santa María, notable por sus muchos prestigios, que fué sepultado en lugar preferente y distinguido de la iglesia (1).

Situado el edificio en una colina de no mucha elevación, y á corta distancia del poblado, disfruta de bellísima perspectiva, teniendo al frente toda la ciudad, á la que domina, como á su extensa campiña y riberas y arboledas del Henares, con los cerros cuyas cumbres limitan el horizonte al Sur.

El edificio era bastante capaz, con huerta y agua de pie.

La iglesia, sencilla y de mediana extensión, era de una sola nave, con un pórtico sostenido por dos columnas de piedra y al lado de un arco de medio punto dos escudos de armas de la fundadora.

Enfrente de la misma terminaba el Calvario, construído por la venerable Orden Teresa de San Francisco en 1830, formado por pilastras de piedra y cruces de hierro, que desapareció á pocos años de la exclaustación de las Órdenes religiosas.

Adquirido por una familia cuando se declararon en venta los bienes de regulares, se halla destinado á granja, aumentada considerablemente la finca.

Colegio de Agustinos Descalzos ó Recoletos.

La Recolección de la célebre Orden Agustiniiana estableció un hospicio en la calle de Santiago y después en la de Mondragón, en el año de 1588, por medio del Definidor y Superintendente Fr. Gregorio de Alarcón, hasta que adquirió en la referida de Santiago cinco casas y tomó á censo á la Villa

(1) En ella se depositaron las reliquias de San Félix mártir desde 29 de Diciembre de 1606 hasta 9 de Febrero de 1607, mientras se preparaban las fiestas de entrada solemne en la Santa Iglesia Magistral, á la cual las cedió el Monasterio de San Zoilo de Carrión.

unos solares para formar la huerta en el año 1604, abriendo al culto público la Iglesia en 7 de Mayo del mismo año, con diez religiosos.

Para la fundación del Colegio, bajo el título de San Nicolás de Tolentino, solicitó licencia del Emmo. Sr. Cardenal D. Bernardo de Sandoval y Rojas, que la otorgó en 2 del mencionado mes de Mayo, previa información sobre la conveniencia de erigirse el Colegio, que se recibió interviniendo la Universidad, Iglesia magistral, Conventos de religiosos y religiosas, parroquias, cofradías y hospitales, como se realizaba siempre en idénticos casos.

Albergó hombres de gran mérito literario y artístico.

Uno de sus conventuales, Fr. Felipe de la Madre de Dios, construyó el altar mayor de la Iglesia y Fr. Bernardo de San Antonio, Provincial, autor de una Historia general hasta el año de 1738, coleccionó el crecido número de pinturas en lienzo que adornaban la Iglesia, claustro y sacristía, originales de célebres pintores, como Francisco de Solís, Annibal, Carecci, y copias bien ejecutadas de otros de Antonio Tempesta y Nicolás Pomerancio, que representaban los terribles suplicios de los santos mártires en las primeras persecuciones del Cristianismo.

El edificio es solidísimo y majestuoso por la gran elevación de los tres cuerpos de que consta, construido de ladrillo, sobre robusto zócalo de piedra labrada. Es capacísimo, formando su frente una línea de doscientos pies, con mayor número de ellos en el fondo y linda con el que fué Colegio de Aragón, al Poniente, hoy casa núm. 35, y la 37 al Este, y su espalda con la ronda de la Ciudad.

La Iglesia era magnífica y su crucero estaba cubierto con una linterna y cúpula elegantísima, que fué derribada á poco después de la exclaustación, conservándose el cuerpo de luces.

La fachada de la Iglesia, que tiene su pequeña lonja, consta de tres arcos de piedra sobre robustas pilastras que forman el vestibulo del templo; sobre el arco central había una estatua de San Nicolás de Tolentino y un escudo de armas de la Orden de San Agustín, terminando en un frontón triangular

con pesadas bolas de piedra incrustadas también al lado de su estatua.

La sacristía era muy notable por las varios adornos de buen dibujo que había en la bóveda y muchas excelentes pinturas en lienzo que decoraban sus paredes y las del claustro é Iglesia. La biblioteca del Colegio era tan numerosa como escogida. En el templo se veían estatuas de gran mérito artístico, de las cuales aún permanecen Nuestra Señora de la Correa, San Agustín y Santa Rita de Casia, que hoy se ven en la Iglesia de Agustinas de Santa María Magdalena.

En este Convento se celebró en 1820 el Capítulo general de la Orden Agustiniana.

El local estuvo muchos años destinado á casa de labor y habitación de varios vecinos.

Adquirido por D.^a Modesta Martínez, le donó á las religiosas Franciscas de San Juan de la Penitencia, y restaurado con gastos considerables, se establecieron en él; y la Iglesia, que es de bella arquitectura, la decoró notablemente; y la fachada se revocó, quitándole algunos relieves de gusto poco recomendable, dejando, sin embargo, dos pilastras embutidas que rematan en acroteras ó bolas, colocando la efigie de Nuestra Señora del Rosario en la hornacina en que estuvo San Nicolás, y entre los dos arcos laterales del vestíbulo las estatuas de piedra de San Francisco de Asís y de San Diego, y dentro de aquél la de Santa María de Jesús.

Colegio de Trinitarios Descalzos.

El beato Juan Bautista de la Concepción, ilustre reformador del glorioso instituto Trinitario, restaurador de su fervor primitivo, cuyo cuarto voto es dedicarse á la redención de cautivos, obligándose al acto heroico de quedarse en rehenes por ellos, fundó este Colegio en el año de 1601, permaneciendo hasta el de 1604, que se trasladó á fundar el de Valladolid.

Protegido por la Duquesa de Gandía, residente en Alcalá, y después de muchas contradicciones, estableció primeramen-

te un hospicio de poca comodidad en un local próximo al en que después se alzó la suntuosa fábrica del definitivo. Las ejemplares virtudes y apostólica predicación del beato padre causaron tal efecto en los ánimos de la generosa y brillante juventud que frecuentaba las aulas de la Universidad—entonces en su mayor esplendor—que solicitaron ingreso en la religión, durante el primer año, ciento cuarenta, que fueron admitidos, dando espera á otros muchos y destinando á aquellos á los conventos de Valdepeñas, Socuéllamos y Villanueva de los Infantes.

El Sr. D. Octavio Centurión, Marqués de Monasterio, del célebre linaje de los Ursinos, y descendiente de los Duques de Gravina en Nápoles, tomó el patronato de este Colegio á 30 de Agosto de 1649, ayudó con cuantiosas limosnas á la construcción del edificio y dotó en él varias memorias, entre ellas la fiesta del Santísimo Sacramento, y una de dos mil ducados para redención de cautivos, donando preciosas alhajas para el culto divino (1).

Florecieron en este Colegio gran número de religiosos notables por su virtud y ciencia, entre ellos muchos naturales de esta ciudad que sería prolijo referir; pero no deben pasarse en silencio los que más sobresalieron en las expresadas cualidades, á saber:

1. Fray Leandro del Santísimo Sacramento, muy virtuoso y autor de considerable número de cuestiones teológicas que dió á luz con grande aplauso de los doctos de esta Universidad.

2. Fray Francisco de San Julián, muy exacto observador de la regla de su Orden.

3. Fray Alejandro de la Madre de Dios, autor de varios libros espirituales (2) y otras diversas obras.

(1) Una de las fincas que constituían los bienes del Colegio era la hacienda y coto redondo de San Juan del Viso en el cerro del mismo nombre y planicie que, con exposición al Sur, se extiende desde los bordes de aquella eminencia, y en la cual situó la primitiva población de Cómpluto, nombrada antes Iplacea, en cuyo solar se encuentran aún vestigios de construcción remotísima, restos de vasijas prehistóricas y monedas de los moradores anteriores á la invasión romana, y que los religiosos conservaban cuidadosamente.

(2) Los cadáveres de los tres primeros, que fallecieron en olor de santidad, fueron sacados de sus sepulcros de la bóveda en que se hallaban coloca-

4. Fray Cipriano de Cetina, natural de Alcalá.
5. Fray Antonio de la Concepción, sujeto de gran virtud, autor de una obra de Teología.
6. Fray Alejandro de la Concepción, Ministro general de su orden, que compuso y publicó una notable obra de Filosofía.
7. Fray Alonso de Jesús María, natural de Alcalá, hijo de la venerable María del Castillo, de cuya prodigiosa vida hizo relación detallada en su *Historia de Cómpluto* D. Miguel de la Portilla, en el párrafo XXI, folios 139 á 154 de la segunda parte.

En este Colegio hizo su profesión solemne San Miguel de los Santos.

El edificio, que es de gran extensión, está en la calle á que dió nombre; constituye uno de sus lados, y linda con el que fué Colegio de Málaga al Oriente. Forma un paralelógramo rectángulo, de doscientos cuarenta pies de lado y unos ciento cuarenta en el frente. Está todo construido sobre bóvedas que se elevan del nivel del suelo diez pies, y en ellas insisten todas las partes del edificio, que es de ladrillo al descubierto, con cajones de piedra sobre un zócalo de robustos sillares bien labrados. Una espaciosa lonja de piedra de sesenta pies de frente con treinta de fondo y limitada por un pretil ó antepecho de igual materia, á cuya lonja se sube por medio de una escalinata de once gradas, de bastante anchura, se extiende delante de la fachada, que es de buena arquitectura y de forma sencilla y elegante. Su decorado consiste en un pórtico de piedra con tres bellos arcos de medio punto, de mayor altura el central, sobre fuertes pilastras que constituyen el vestíbulo de lo que era templo, cuya parte interior tenía la forma de cruz latina con capillas laterales. La fachada, de bastante elevación, concluye en un ático, y á los lados termi-

dos y en estado de incorrupción é inalterables, y profanados por los que ocuparon este edificio á poco de ser destinado á cuartel, la autoridad eclesiástica, para impedir que continuara la profanación de que eran objeto los restos de tan venerables religiosos, acordó se trasladaran al cementerio, y por una lamentable falta de previsión, fueron arrojados á la fosa general y confundidos dichos restos con los de los confinados.

nan los dos cuerpos adosados á aquél en una especie de volutas en que cargan dos pirámides separadas por una esfera. Encima del pórtico había un bajorrelieve que representaba á la Santísima Trinidad flanqueado por dos escudos de armas del patrono perfectamente esculpidos y otros dos de la Orden, que fueron arrancados en estos últimos años.

En el altar mayor había un cuadro de pintura en lienzo de gran tamaño que representaba á la Santísima Trinidad con mucha gloria de ángeles y la Visión del Papa relativa á la institución de la Orden; su autor Juan de Toledo, y en los claustros gran número de pinturas de mérito por Vanderhamen y Juan Zorrilla. Los cuadros de los 12 Apóstoles de tamaño natural que se ven aún en la parroquia de Santa María eran también de este Colegio y fueron donación de una señora.

Por consecuencia de la supresión de las Órdenes religiosas en 1836 fué destinado á cuartel y permanece en poder del Estado, ocupado por el Gobierno militar.

Colegio de Padres Clérigos Reglares Menores.

Fué erigido bajo la advocación de San José por el fundador de dicha Orden religiosa, San Francisco Caracciolo, que vino con tal objeto á esta ciudad en el año 1604.

Establecióse primeramente en una pequeña casa á espaldas del Colegio de Manriques y el de Santo Tomás, la cual tuvieron que abandonar los religiosos y trasladarse á la calle de Santiago durante la recomposición que hubo necesidad de efectuar de la mayor parte del local, que se hundió una noche, hallándose, afortunadamente, ausentes sus habitantes. La circunstancia de haberse incorporado al Colegio de San Clemente otro llamado de Magnes que había en la calle de la Trinidad proporcionó á los Padres Menores la adquisición de éste, en el cual edificaron el suntuoso Colegio, como ahora se ve.

D. Diego Rengifo Calderón y su esposa D.^a Juana de Luxán y Benavides renunciaron el patronato del Colegio, y les sucedió en el expresado derecho el Sr. Conde de Valdeláguila.

Uno de los promovedores y bienhechor de este Colegio fué

el P. Maestro José Valdés, Provincial de dicha orden y Doctor de esta Universidad.

En su iglesia se celebraban los ejercicios piadosos de los domingos de Cuaresma con notable lucimiento y fervor, pronunciándose elocuentes discursos, y la concurrencia á ellos era la más numerosa y brillante de la población, por haber elegido las damas de la aristocracia complutense este templo para practicar sus actos de devoción.

Si bien fué una de las más modernas fundaciones de Colegios en la ciudad, brillaron en su primer período sujetos notabilísimos en ciencia, naturales de aquélla, de que haremos ligera mención.

Uno el P. Félix de Santillana, Provincial de Castilla y Aragón, fundador del Convento de su Orden en Calatayud y Asistente general en Roma.

Otro el Reverendísimo D. Juan Martínez Abarca, ilustre tanto por su virtud como por sus letras, en esta Universidad y la de Salamanca: llamado *Nuevo Comestor*, pues así como el antiguo Pedro, mereció este renombre por tener la Biblia tan pronta en su memoria como si fuese su comida; del mismo modo era tan prodigiosa la del P. Abarca, que no sólo la Biblia, sino los escritos de San Agustín y Santo Tomás y las más menudas reglas de la gramática las refería de pronto, según lo requería la ocasión.

El Reverendísimo P. Diego Pacheco, hermano del Conde de Ibangrande, predicador de S. M., que obtuvo en su religión y fuera de ella los más importantes cargos y prelacías y fué Obispo electo de Cádiz. Dió á luz una colección de sermones panegíricos á Nuestra Señora, que se imprimieron en un tomo en folio el año de 1692.

Los tres religiosos anteriores fueron naturales de Alcalá, como se ha dicho.

Otro individuo de este Colegio, notable por su ciencia, fué el P. Juan Alfonso Sandoval, hijo de los Condes de la Ventosa, catedrático de Prima de Santo Tomás en esta Universidad, cuyo ornamento fué por muchos años, y comparado con los más célebres Doctores de la Iglesia, como lo expresa una inscripción latina al pie de su retrato en lienzo — que existía en

el Colegio—que he tenido ocasión de leer y copiar, en la que dice, entre otros muchos encomios, que era «Alter Doctrina Sacra Aquinas, Subtilitate Agustinus, Eloquentiæ Chrisostomus, Eruditione Hieronimus.» Falleció en 1702.

La planta del edificio forma un paralelogramo casi regular de 300 pies de frente y 346 de lado, y constituye una manzana aislada comprendida entre las calles de la Trinidad, Arcipreste, Matadero y plazuela de San Julián.

Su fachada, de dos cuerpos, está construída de ladrillo descubierto sobre un zócalo de piedra, y se halla flanqueada por la izquierda por un cuerpo poco saliente de mayor elevación que aquélla, y remata en un frontón triangular para la simetría con la fachada del templo, que se halla cinco pies más dentro que la rasante de todo el edificio. Su decorado consiste en cuatro pilastras pareadas que apoyan en basamentos proporcionales y sostienen el ático, y entre éste y los extremos de la fachada hay cuatro ventanas con adornos y guardapolvos de bastante resalto. La bella portada de piedra del templo la forma un arco de medio punto; á los lados hay dos columnas exentas muy separadas, que insisten en pedestales cuadrados y sostienen un friso en que cargan dos pirámides que concluyen en esfera. Sobre la cornisa de la puerta hay un templete con su hornacina de piedra, en que hay una estatua bellamente ejecutada del Patriarca San Francisco Caracciolo, de tamaño mayor que el natural, que sostiene una bandera en la mano derecha y en la izquierda un libro, terminando en un guardapolvo semicircular. La pared de la iglesia que da al exterior tiene sobre el basamento de piedra tres hileras de sillares almohadillados de más de seis pies de altura, sobre las que corre una imposta esmeradamente labrada.

La iglesia formaba una cruz con capillas laterales, y tenía una elegante y airosa cúpula, derribada bajo el pretexto de amenazar ruina.

La entrada del Colegio tiene una sencilla portada de piedra, y sobre ella había un medallón representando la Purísima Concepción de la Virgen Nuestra Señora.

Desde que se verificó la supresión de las Órdenes religio-

sas esta destinado á edificio militar, y actualmente á Provisiones.

En los años de 1820 á 23 estuvo destinado á cárcel.

Colegio de Mercedarios Descalzos.

El principal promovedor de la fundación de este Colegio de la reforma de la Merced, bajo el título de la Visitación de Nuestra Señora, fué D. Baltasar de Villalobos Prado y Salgado, cediendo á este efecto sus casas en la calle de Escritorios (en que después se instaló el de Irlandeses), comprándoles además otra en la cual tuvieron un hospicio, de donde se trasladaron á la plazuela de la Merced y calle de la Puerta del Vado, en el año 1613, inaugurándose el templo con grandes y solemnes funciones al siguiente de 1614, á 20 de Abril, con asistencia de la Beata Mariana de Jesús, que vino á instancias del referido Sr. Villalobos.

Tomó el patronato D.^a Elvira Marrique de Lara, para su esposo el capitán D. Fernando Jaramillo, cuyo cuerpo se trajo desde el Potosí á sepultar á la capilla mayor de la iglesia del Colegio, y por carecer de herederos pasó el derecho al Definitorio de dicha Orden.

Tuvo religiosos de gran ciencia y celo espiritual de la salvación de las almas, muchos naturales de esta ciudad, y entre los primeros, dos hijos del referido D. Baltasar, Fr. Gaspar de los Reyes y Fr. Francisco de la Natividad, y posteriormente el P. Fr. Leandro del Santísimo Sacramento, notable por su elocuencia en el púlpito.

La iglesia era de crucero con capillas laterales; su fachada era sencilla, pero agraciada, adornada con dibujos y sobre la portada un bajorrelieve en piedra representando la Traslación de Nuestra Señora, y á los lados escudos de armas de los fundadores del Colegio.

En el altar mayor se veneraba con extraordinaria devoción la efigie de Nuestra Señora con el título de la Piedad, sostenida con gran fervor por los alcalaínos á causa de los continuos beneficios que dispensaba á los que invocaban su pode-

roso y eficaz patrocinio, y originada por las notables circunstancias de su hallazgo, cuyo dramático relato trae el Sr. Portilla en su *Historia de Cómpluto*, tomándolo de la crónica de la Orden mencionada y de las informaciones auténticas que en el archivo del Colegio se conservaban.

D.^a Josefa de Mendoza fué devotísima de este simulacro y bienhechora muy notable; está sepultada en la iglesia del Colegio.

El edificio está construído de ladrillo descubierto sobre un zócalo de sillares bien labrados en almohadillado.

Es de gran extensión, formando una manzana entre las calles del Empecinado, la de Siete Esquinas, plazuela y calle de la Merced.

Verificada la exclaustración, se destinó por el Estado á edificio militar y cuartel de equitación, modificándole casi en totalidad y convirtiendo lo que fué templo en picadero cubierto.

Conventos de Padres Capuchinos bajo la advocación de Santa María Egipcíaca.

Los religiosos de la reforma de la Orden de San Francisco realizaron la fundación de este Convento en una heredad, fuera del recinto de la población, aunque muy próxima al arrabal de Santiago Talausanca (1), que les cedió generosamente, y movido por su devoción, en el año de 1613, el vecino de Alcalá Juan Sánchez, terminándose la obra en 22 de Junio de 1618.

El edificio era poco extenso y pequeña la iglesia, á la cual concurría el vecindario de las calles inmediatas del expresado arrabal á la celebración de los oficios dedicados al culto divino; mas la generosa piedad del doctor D. Vicente López, presbítero, Proto-notario apostólico, natural de Valencia (2),

(1) Sus cimientos se descubrieron hace pocos años, y los colocaron y aún se ven al borde del camino expresado y lindero de las heredades. Junto á este sitio ocurrió la desgraciada muerte del Rey D. Juan I, en 9 de Octubre de 1390.

(2) Murió en 4 de Junio de 1663.

aceptó el patronato de dicho Convento, y les edificó uno en la calle de Santiago, que era de regular extensión, con un espacio destinado á huerta y jardín, que cultivaban los religiosos esmeradamente, y con cuyas tempranas y escogidas flores perfumaban el templo durante el período en que la naturaleza las produce en abundancia, y formaban con ellas una grande y vistosa alfombra que ocupaba todo el pavimento de la sacristía en los días de la Pascua florida ó de Pentecostés.

Era de los Conventos más religiosos y observantes de la austeridad de su santa y estrecha regla, y vivieron y fallecieron en él muchos notables por su santidad y costumbres, entre ellos el P. Fr. Manuel de Jaén, fervoroso misionero apostólico, autor de un tratado de confesión muy recomendable, conocido de los devotos, y de algunas poesías piadosas.

Era muy concurrido el solemne novenario del mes de Junio dedicado á San Antonio de Padua, celebrándose los ejercicios de devoción con mucho fervor y extraordinaria concurrencia de escogida y brillante juventud de ambos sexos.

El Convento forma un paralelogramo regular de 320 pies de frente y unos 80 de costado, en que se incluye la huerta y el jardín.

La iglesia era de una sola nave de mucha elevación y el altar mayor le formaba un gran cuadro de 25 pies que representa á San Zósimo dando comunión á Santa María Egipciaca, con gloria de muchos ángeles y visión de San Francisco de Asís; su autor fué Francisco Camilo, pintor famoso. Es de tan notable mérito artístico la expresada pintura, que mereció ser reservada para el Museo Nacional de Madrid (1).

Delante del templo había y subsiste una pequeña lonja, y en su sencilla fachada se ve aún sobre la puerta de ingreso á aquél un bajorrelieve que representa la misma escena del cuadro referido, la comunión á Santa María Egipciaca por San Zósimo.

(1) Fué trasladada á esta ciudad en 13 de Julio de 1878 y colocada en uno de los lados de la escalera principal del Palacio Arzobispal, que es hoy Archivo general central.

Vendido por el Estado, le adquirió una familia que no realizó en el edificio otras modificaciones que las indispensables para utilizarle en viviendas. En el año de 1890, ó el anterior, se vendió con la huerta, en que se ha construído un salón para teatro y otras diversiones, y casas, renovando las fachadas de las calles de Santiago y la de Cervantes, de la cual se arrancó la lápida en que estaba la inscripción—por cierto de mal gusto—que expresaba haber nacido en aquella casa el príncipe de los ingenios, el autor inmortal del *Quijote*, y que no ha vuelto á colocarse...

Convento de San Juan de Dios.

El hospital de religiosos de dicha Orden para curación de enfermos pobres fué fundado por el caritativo caballero Fernando de Alcaraz, bajo la advocación de San José, en el año de 1635, dotándole con más de catorce mil ducados de renta, erigiendo asimismo una capellanía y otras memorias en la iglesia de este Convento, en el cual fue sepultado; y en él se conservaba el retrato de aquel grande hombre, verdaderamente espléndido y generoso sin tasa, que legó también al Recogimiento de Arrepentidas de esta ciudad diversos bienes, á condición de que, si en algún tiempo llegaba á suprimirse, pasaran á este hospital.

Llegó á tal decadencia el Convento, por disminución de rentas, á principios del siglo XVIII, que no podía sustentar religiosos ni albergar y curar enfermos; pero después mejoró su situación, y aun cuando con pocos individuos, continuó abierto el hospital hasta la exclaustación de 1836, en cuya época, á pesar de hallarse excluído por la ley este instituto hospitalario, se cerró, incautándose del edificio el sujeto que le había adquirido por compra en el período de 1820 á 1823, y que le destinó, y continúa destinado, á viviendas.

La casa no tiene nada de notable en su construcción, ni en la fachada, ni en sus proporciones, que son regulares y ordinarias.

En su iglesia, que era de corta extensión, se celebraba no-

vena muy solemne con sermones diarios dedicada al glorioso Arcángel San Rafael, protector de la sagrada religión, fundada por uno de los héroes de la caridad que sólo sabe inspirar el Cristianismo, el cual, por cualquier aspecto que se le examine, sea á la luz de la razón ó por el criterio de los hechos, siempre aparece benéfico y organizador, regenerador y simpático, civilizador y humanitario.

Está situado en la calle y plazuela á que dió su nombre el Convento.

Colegio de Clérigos Ministros de los Enfermos (vulgo Agonizantes).

El presbítero D. Francisco Antonio Calamaza, que había fundado en Madrid la casa de dicha Orden religiosa, que se ocupa de la asistencia espiritual á los enfermos en sus últimos momentos, compró al Colegio de Málaga unas casas que á éste pertenecían en la plaza del Mercado de esta ciudad, y en ellas fundó para la expresada Orden, bajo el título de San Carlos Borromeo, un Colegio por medio del P. Salvador Falconi, Viceprovincial de Castilla, obtenida licencia del Eminentísimo Sr. Cardenal D. Baltasar Moscoso, Arzobispo de Toledo, en el año de 1652, y se incorporó á la Universidad y Estudios de ella en el de 1655, concediendo la autorización el Claustro pleno.

Notable y generoso bienhechor de esta fundación fué el Racionero de la Santa Iglesia Magistral, D. Juan de Arribas, que por escritura de 18 de Enero de 1684 le hizo donación *intervivos* de toda su hacienda, valuada en más de cuarenta mil ducados (440.000 reales).

Tomó posesión del patronato de este Colegio en 1722 don José Pedrajas, natural de Valencia.

Incautado el Gobierno de los bienes del clero regular, ha tenido el edificio diferentes destinos, y finalmente, cedido al Ayuntamiento de esta ciudad en 1870, ha realizado en él considerables obras, empleando sumas cuantiosas para aplicarle á casa municipal y principales dependencias del mismo.

Es de sólida construcción y forma un paralelogramo de 110 pies de frente y 170 de lado, constituyendo una manzana que hasta hace pocos años estaba completamente aislada, lindando con la Plaza Mayor, calle de Cerrajeros y de la Manta, antes llamada de Baena.

La iglesia era de una sola nave y su fachada sin terminar.

Colegio de San Basilio Magno.

Era de los más modernos establecimientos de las Órdenes religiosas en Alcalá, y la fundación se verificó en 20 de Abril de 1660.

Es uno de los edificios más sólidos, capaces, suntuosos y elegantes.

Ocupa una extensión superficial aproximada á 100.000 pies cuadrados, formando un paralelogramo de 300 pies de frente y 140 de lado, constituyendo una manzana ó isla, que linda por su fachada con la calle de Roma, al Este; al Sur con la ronda de la ciudad, cuya cerca termina, y al Poniente con un pasadizo que existía entre este edificio y el Colegio de Mercedarios Calzados, que aún subsiste, aunque cerrado al tránsito público.

La fachada de la iglesia, de gusto barroco, consiste en una portada de piedra con adornos que en un medallón ovalado y en los zócalos de aquéllos dibujan la columna de fuego, que con dos estrellas á sus lados constituyen el blasón ó emblema de este monástico instituto; y sobre el dintel, en una hornacina, que está separada por una cruz, la estatua, de tamaño mayor que el natural, bien ejecutada, del Patriarca San Basilio, padre de los Monjes en Oriente. En la parte superior hay dos ventanales ovalados con cercos de piedra de bonitas formas.

El ingreso al Colegio tiene una portada de piedra, cuyas jambas y dintel son de gusto barroco, pero agraciada forma.

El edificio destinado á habitaciones es de dos cuerpos de extraordinaria elevación, construído todo de ladrillo sobre un zócalo de tres órdenes de sillares de piedra, esmeradamente labrado en el almohadillado, que termina con una ancha faja

resaltada ó imposta. En el piso bajo hay seis rejas grandísimas, y en el principal trece balcones de hierro en huecos distribuídos con simetría.

El templo es de forma exagonal, de mucha elevación y robustos contrafuertes, y sobre ellos descansa una graciosa cúpula, cuerpo de luces y esbelta linterna, todo ello cubierto de pizarra, que termina en una delicada y elegante aguja, cuyo remate es una cruz con esmerados dibujos, que luce extraordinariamente su gallardía, porque campea en el espacio sin que la vista se distraiga con otros objetos próximos.

Algunos de los hombres ilustres de este Colegio:

P. Fr. Manuel de Alba, natural de Alcalá, de gran virtud.

P. D. Francisco Navarro, doctor en Teología, cuyo informe acerca del estudio de dicha facultad se propuso como recomendable en el plan de estudios de 14 de Septiembre de 1771.

Rev. P. Fr. Félix Francisco Sánchez, Lector de Vísperas en su Colegio y del Claustro universitario (1).

Abandonado el Colegio por los religiosos durante la invasión francesa de 1808, que destruyó los altares y demás adornos de la iglesia, no volvieron á ocuparle hasta 1834 en que, restaurado el Convento y el templo, dejaron la residencia de la calle de Nebrija, que habitaron en el expresado período.

A los dos años se decretó la expulsión de las Ordenes religiosas, y apoderado el Gobierno del edificio, se halla destinado desde entonces á cuartel de diversos institutos militares.

(1) En las exequias de D.^a Casilda Guzmán y Velasco, señora de la más encumbrada nobleza de Alcalá, de gran virtud y penitente vida, pronunció la oración fúnebre que se publicó por la criada de dicha señora con el título de «Declamación fúnebre panegírica al temporal deliquio de la señora D.^a Casilda Guzmán y Velasco, Señora de Olivares y Alcaydesa perpetua del castillo de Tarifa, dedicada al Cardenal D. Luis Manuel Portocarrero, Arzobispo de Toledo», impresa en Alcalá de Henares por Julián García Briones, en el año 1709.

Es discurso notable, aun en la portada, por los conceptos alambicados, metáforas atrevidas y frases altisonantes con que se expresa. Es un ejemplar del *Culteranismo*, tan generalizado en aquella época.

Oratorio de San Felipe Neri.

El instituto de clérigos seculares, conocido bajo el título de Congregación del Oratorio fué fundado en Alcalá por el doctor D. Martín de Bonilla y Echevarría, electo Obispo de Ceuta en el año de 1694, verificándose la dedicación del templo á 5 de Diciembre del mismo año.

Dotóle con grandes rentas, dejándole por su testamento crecidas sumas.

Falleció en 1697 y su cuerpo fué trasladado en 1705 á esta iglesia, desde el Convento del Espíritu Santo de Clérigos menores de Madrid, celebrándose por este motivo solemnes honras con oración fúnebre pronunciada por el doctor D. José Ruiz Delgado, canónigo de la Santa Iglesia Magistral, y que, como asimismo otros prebendados de dicha iglesia, fué bienhechor de la casa.

Lo fué también, y muy aplaudido, D. Juan Pérez Merino, Sargento mayor en Nueva España, que regaló el lienzo de pintura que representa á Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, colocado en el centro del altar mayor, dejando una renta para celebración de fiesta, misas y sufragios en favor de isu alma.

Es el único establecimiento de religiosos que la revolución perdonó, salvándose de la general expulsión en esta ciudad.

Los ejercicios á que se dedican producen gran fruto espiritual, por su continua asistencia al confesonario y frecuente predicación y explicación de doctrina cristiana todos los domingos del año.

Mucho y solemne culto se celebra en su iglesia, especialmente por la Congregación del Alumbrado y Vela al Santísimo Sacramento en su octavario, y asimismo por la de Hijas de María Inmaculada, Apostolado de la Oración y Corazón de Jesús.

Residieron en este Oratorio y fallecieron en él sacerdotes de gran virtud, fervor y celo, y excelentes predicadores.

Merecen especial mención entre ellos el P. D. Andrés Teo-

doro García, verdadero español que durante la guerra de la Independencia trabajó con gran fruto, con la influencia del prestigio de su reconocida virtud, para engrosar las filas de los patriotas con vecinos de esta ciudad.

El elocuente P. Dr. D. José Laso, bibliotecario de la Universidad y canónigo de la Magistral.

El virtuosísimo P. Dr. D. Patricio Sáinz de Robles, Catedrático y prebendado de dicha Magistral.

El edificio es grande y sólido, bien situado en el centro de la población y calle á que dió nombre al establecerse la Congregación.

La iglesia, de gran elevación y altura, está dividida por anchas, robustas y salientes pilastras que sostienen amplio cornisamento y los arcos de la bóveda.

En los planos de los muros que resultan de una á otra pilastra hay en yeso dibujos de gran relieve y buen gusto, como asimismo otros que circuyen las hornacinas en que están los altares, que, incluso el mayor, son pintados, por haber sido arrancados y quemados los primitivos durante la invasión francesa de 1808. En las pilastras y arcos hay dibujadas unas como estivas y cintas en los recuadros del centro abovedado.

Tiene una media naranja adornada con resaltos de yeso y elegantes formas.

El coro y seis tribunas tienen balconaje de hierro.

En el altar mayor del presbiterio hay dos estatuas, tamaño natural, de San Felipe Neri y de Santa Teresa.

La única capillita, dedicada á la Santísima Virgen, bajo el título de la Concepción Inmaculada, está decorada con pinturas al fresco de exquisito gusto.

La sacristía es muy capaz y en ella hay lienzos de mérito artístico, según los inteligentes, que representan el Apostolado, y otros en los claustros y habitaciones.

Ha terminado la descripción sumaria de los 21 Colegios y Conventos de religiosos, que con los 27 Colegios seculares, comprendidos en un *Bosquejo histórico* que recientemente he publicado, completan la grandiosa, brillante y espléndida corona de establecimientos incorporados á la célebre Universidad de Alcalá de Henares, y que formaban su preciado orna-

mento y nombre inmarcesible; trabajo poco notable para la generalidad y sólo inspirado por amor inmenso á las glorias de mi afamada patria, tanto más digna de ser querida, cuanto más desventurada, y asunto, en verdad, merecedor de que un sujeto de aventajadas dotes literarias se hubiera ocupado, con frase elegante y con florido estilo, de presentarlas interesantes y atractivas á la universal admiración.

JOSÉ DEMETRIO CALLEJA.
Procurador.

PRIAMO Y AQUILES

(SOBRE EL CANTO ULTIMO DE LA ILIADA)

I

«Llegamos ya; desciende: ésa es la tienda
en donde Aquiles tu contrario mora.
Recoge tus riquezas... Ahora escucha.
¿Sabes quién soy? ¿Lograste conocerme?
¿Nada te dijo, oh viejo, la experiencia
cuando empuñé las riendas de tu carro?
Soy un dios inmortal, Mercurio, el hijo
soy de Júpiter, padre de los dioses,
y hasta aquí te conduje porque plugo
que fuera así á mi padre. Yo en tu ayuda
calcé mi pie con la sandalia de oro
que á través de los mares y la tierra
me conduce veloz más que los vientos.
Yo el caduceo así solo en tu ayuda
con el cual adormezco á los mortales
ó hago salir del sueño en que reposan.
Yo te serví de guía, porque al cabo
del mortal el quejido lastimoso
escucho cuando sufre, llora y ruega.
Frente por frente de la tienda te hallas
donde descansa el hijo de Peleo.
Entra, pobre mortal, dobla tu frente,
besa sus pies, abraza sus rodillas,
háblale de su padre, y llora, llora
hasta que el llanto que tus ojos broten

mueva á piedad su corazon de fiera.
Cumplida la misión, vuelvo al Olimpo.»
Y alzándose en sus pies cruzó el espacio,
rasgó las pardas nubes que cubrían
el dilatado cielo, y elevóse
hasta que al fin de sus sandalias de oro
perdiéronse los últimos reflejos.

II

¡Oh Priamo infeliz! Triste, abatido
en el carro quedó. Su noble frente
elevaba á los cielos; la esperanza
animábale un punto, y al instante
volvió á clavar los ojos en la tierra,
víctima del dolor y el desaliento.
Mas repentinamente la mirada
su brillo recobró; salta del carro,
á Ideus entrega los ronzales del oro
y avanza de la tienda en los umbrales.
Ya el pesado tapiz entre los dedos
y erguida la cerviz, á entrar se apresta.
Retrocede después. ¿Qué causa ¡oh dioses!
su bravo corazón así intimidada?
Adelante, le grita la esperanza;
atrás, la voz de su destino airado.
«¡Héctor! ¡Héctor! exclama ¡Ay, hijo mío!
Aún insepulto tu cadáver yerto
ante la tumba de Patroclo arrastran.»
¡Oh dioses sumos! En aquel instante
recobró el corazón vitales bríos,
en los húmedos ojos, la pupila
brilló á través de lágrima de duelo
y avanzando resuelto á los umbrales
de la egregia morada, alzó el pesado
tapiz que ante la puerta se extendía,
y decidido penetró en la estancia.

III

Al dulce sueño se entregaba Aquiles.
Aún sobre blanca mesa dulces pomos
exhalaban su olor. Automedonte
y el bravo Alcimo en ánforas de oro
ática miel y vino le servían.
Con paso firme Priamo en la tienda
del héroe penetró sin ser notado,
llegó hasta Aquiles, la arrugada frente
inclinando hasta el suelo, y las rodillas
doblando humildemente ante el guerrero
besó de Aquiles la homicida mano
exhalando del pecho hondo suspiro
y derramando lágrimas sus ojos.
Aquiles despertó, asombro inmenso
se marcó en su semblante, el bravo Alcimo
y el fiero Automedonte se miraban
de hito en hito confusos y asombrados.
Nadie osó preguntar. Priamo/entonces,
dando tregua al dolor y á los suspiros,
«Aquiles, exclamó: divino Aquiles,
¿te acuerdas de tu padre, dí, te acuerdas?
Él es viejo cual yo, de una edad misma
somos los dos, amigos siempre fuimos
y tu padre conmigo verá presto
el término fatal de la existencia.
Nadie, no, de la muerte ha de librarle,
pero en cambio feliz espera el día
en que orlada la frente de laureles
vuelva su hijo querido de la guerra.
Pero yo ¡infortunado! yo, ¿qué espero?
¿Qué consuelo encontrar en mis pesares,
perdida con mis años la esperanza
de hallar consuelo en los filiales brazos?
Ya ni un hijo me resta, todos, todos

á la saña cruel del fiero Marte
murieron; ¡ay! el solo que tenía
y que era ya de mi vejez consuelo,
mi defensa, mi escudo, heroicamente
batallando en defensa de su patria
halló en tus manos término á la vida.
Por Héctor, sí, por Héctor, he sabido
burlar la vigilancia de tus huestes
y sin ser conocido y descubierta
llegar hasta tus naves poderosas.
Por Héctor los peligros he arrostrado,
por él lloro de hinojos á tus plantas,
por él ofrendas de los dioses dignas
yo traigo para ti; muévate, Aquiles,
mi acerbo llanto y mi dolor. Recuerda
á tu adorado padre, y ya que vivo
no puedas devolverme á mi hijo amado,
tórname, Aquiles, su cadáver yerto.»
Dijo, y transido de dolor, el rostro
cubrióse con las manos temblorosas
esperando del héroe las palabras.
Todo quedó en silencio. El bravo Aquiles
bajó los ojos: la color teñida
por ligero carmín, trémulo, apenas
pudo un suspiro desahogar su pecho:
preñáronse de lágrimas sus ojos
y el rudo, el indomable, el fiero Aquiles
por nobles sentimientos embargado
y al amante recuerdo de su padre
logró llorar, porque llorar ansiaba.
Nada pudo decir, mas dulcemente
y movido á piedad, con ambas manos
intentó levantar al pobre viejo
del suelo y la aflicción en que yacía
sin poder pronunciar una palabra;
que cuando se halla el corazón herido
tan sólo suspirar saben los labios.
Así algunos instantes trascurrieron.

Ambos lloraban, pero Aquiles, rudo,
si pensando en su padre se afligía,
recordando á Patroclo se exaltaba.
Por fin, á tierna compasión movido,
no resistió el impulso generoso
que de su fiero, pero al fin humano
y noble corazón, brotar quería
ante aquellos suspiros de amargura,
ante la noble y blanca cabellera
y ante tantos legítimos pesares.
Así dijo por fin: «¡Oh infortunado!
¡Oh Priamo infeliz! ¡Cuántos dolores
sufre tu corazón! ¡Cuánto infortunio!
¿Cómo pudiste á las ligeras naves
de los griegos llegar? ¿Cómo has osado
ante mis ojos presentarte, ¡oh viejo!
ante el hombre que abrió la negra tumba
á tus amantes y esforzados hijos?
Es tu pecho de roca... Ven, descansa,
siéntate junto á mí. Por angustiados
que ambos estemos, penas y dolores
dejemos descansar en lo más hondo
de nuestras almas. Llantos y suspiros
no han de calmar nuestro dolor profundo.
Los soberanos dioses destinaron
á vivir en la pena á los mortales,
y ellos solos exentos de dolores
morán felices en el alto Olimpo.
En los regios umbrales del palacio
de Júpiter supremo, dos profundas
y negras simas guardan en su seno,
una plácidos bienes, la otra males
con que el furor del cielo nos castiga.
Aquel á quien el dueño de los rayos,
el soberano Júpiter, sus dones
quiere otorgar con mano generosa,
si goza alguna vez de dulces bienes,
sufre también desapiadados males.

Pero triste de aquel que en la profunda
sima de los dolores y tormentos
y desesperación se precipita.

¡Infeliz! Por la angustia perseguido,
errante y solo vagará en el mundo
y por hombres y dioses despreciado
arrastrará su mísera existencia.

Así mi noble y adorado padre
de su existencia en el albor primero
fué colmado de bienes que los dioses
derramaron sobre él con generosa
próvida mano; ñichas y riquezas
sin cuento poseyó, diéronle el mando
de los bravos y fieros Myrmidones;
y aunque mortal, los soberanos cielos
por dulce compañera de la vida
le dieron una diosa del Olimpo.

Pero ¡ah! que la desdicha vino airada
á habitar su palacio y ver no pudo
cumplida la ambición de verse un día
de numerosos hijos rodeado
para reinar nacidos. Uno solo
le otorgaron los cielos, ¡uno! y éste
deberá sucumbir cuando los dioses
en sus juicios supremos lo dispongan.
Héme, Priamo, aquí; yo soy; el cielo
contra Troya me tiene peleando
lejos ¡ay! de mi patria idolatrada,
para desgracia tuya y de tus hijos.
¡Anciano! tú también fuiste dichoso.
Tú entre los hombres de la inmensa Sestos
y tras los altos montes, en la Frigia
y el profundo Hellesponto, tus tesoros
y tu posteridad te han otorgado
siempre el primer lugar; pero á los sumos
cielos plugo después que guerra y muerte
destruyera tu pueblo, y desde entonces
sumido estás en el dolor y el llanto.

Resígnate por fin, el desconsuelo
 ¿qué ventaja te trae? Díme ¿qué logras?
 ¿Imaginas, quizás, que tu hijo vuelva
 á la vida? ¡Infeliz! ¡Oh! Teme antes
 que otra desgracia por tu mal te acuda.»

IV

Priamo entonces, á los dioses sumos
 semejante, repuso: «¡Ah, nunca, Aquiles!
 No imagines que al plácido reposo
 pueda entregarme yo, hasta que el hijo
 por quien tan tristes lágrimas derramo
 yazca sin sepultura en esta tienda.
 ¡Oh Aquiles, tórname, vuélveme presto
 esos yertos despojos tan queridos
 para mí: que mis ojos los contemplen
 sólo una vez y acepta las ofrendas
 que para ti traemos. Oh tú entonces
 podrás gozar también cuando á tu patria
 vuelvas orlada de laurel la frente
 y recuerdes el bien que me otorgaste
 devolviéndome á Héctor. ¡Ah! No dudes,
 déjate conducir por ese noble
 impulso de bondad que ya en tu pecho
 por mí movido á compasión germina
 y al mundo está diciendo que tu cuna
 es tan alta, tan noble y tan excelsa
 como tu generoso sentimiento.
 Pero ¿dudas aún, callas? ¡Oh dioses!
 Si es tu alma noble y generosa, Aquiles,
 ¿cómo al hacer el bien recela y duda?»
 «Basta ya, basta ya, dijo; mi madre,
 la que en su seno me llevó, la hija
 del anciano marino llegó ha poco.
 Las órdenes de Júpiter me trajo
 y bien sé que á las naves de los griegos

llegaste fácilmente conducido
por un dios inmortal. ¿Cómo pudiera
burlar la vigilancia de mis huestes
un pobre viejo, atravesar el campo
enemigo y llegar hasta mi estancia
sin ser visto de nadie? ¡Ah! No, no creas
que pudiste engañarme; pero teme,
teme, viejo infeliz, teme mis iras
aunque Júpiter mismo te socorra
y aunque los dioses mismos te protejan.»
Dijo, y el pobre viejo, tembloroso,
mas resignado ya, apenas pudo
entre sollozos contestarle: «Aquiles,
nada logré por fin, no he conseguido
tu pecho conmover, ni por tu padre
el anciano Peleo, ni en el nombre
de la amistad que nos unió algún día,
ni la aflicción de un padre, ni estas canas
á cuyo influjo poderoso ceden
los más empedernidos corazones.
Bien está, á Troya vuelvo, te abandono;
olvídate de mí, jamás te acuerdes
de esta triste visita.» De la puerta
en los umbrales ya, hondo suspiro
brotó del rudo corazón de Aquiles,
y á Priamo llamó. «Ven, pobre viejo,
dijo por fin, arrójate en mis brazos;
maldito el corazón que no responde
cuando la voz del sentimiento llama.
Llora tú por tu hijo, yo á mi amigo
lloraré junto á ti...» Breves instantes
trascurrieron. De pronto el fiero Aquiles
abandonó los brazos del anciano
y en medio de la tienda, en pie, los ojos
apretaban sus puños, que dejaban
rojiza huella en su semblante. Luego
y repentinamente de la tienda
salió como un león, á sus cautivos

llamó con fuertes voces ordenando que de Héctor el cadáver se lavara con aceites ungiéndole olorosos. Así lo hicieron, y avanzando Aquiles hacia el cadáver yerto, entre sus brazos convulsos le tomó y en blanco lecho después tendióle y sollozando dijo: «¡Oh, caro y tierno amigo, no te enojas Patroclo contra mí, si á saber llegas en la morada de Plutón que á Héctor á su padre volví: él me ha traído ricas ofrendas dignas de los dioses, y voy á tributar en tu memoria las que te son debidas, porque nadie las merece cual tú.» Á estas palabras volvió á entrar en la tienda, vió al anciano que le miraba con temor, llegóse con cariño hacia él y dulcemente así le habló: «Tu hijo ya descansa en un lecho cercano; espera, espera á que los blancos rayos de la aurora derramen en la tierra sus fulgores y entonces podrás verle y conducirlo á tu palacio, y llevarás contigo también esas magníficas ofrendas que para mí trajiste; nada quiero por su rescate, Priamo. Los dioses así lo ordenan, sus decretos cumplo.» «¿Es cierto lo que oigo? ¿Al fin mi llanto no fué inútil? ¡Oh dioses inmortales! Gracias os debo dar. Divino Aquiles, deja que bese tus sandalias de oro y así mi eterna gratitud te muestre.» «¡No! dijo Aquiles. En mis brazos llora; si los hados me hicieron tu enemigo, no pienses, pobre anciano, que en mi pecho hay rencor contra ti. Ahora descansa hasta la aurora, Priamo; te espera

un lecho de tisú que mis amigos
para ti prepararon y cubrieron
de tapices y púrpura; reposa;
el sueño al fin reanimará tus fuerzas
para salir cuando la aurora rubia
vuelva á tender su cabellera de oro.

V

Brotó la luz; á su primer reflejo
abandonando Priamo la estancia
del magnánimo Aquiles, salió fuera
y ya uncidas las mulas á su carro
deseaban partir. Mercurio mismo
preparó la salida. Velozmente
á través de los campos los condujo
al Xantho caudaloso: allí elevóse
á través de las nubes al Olimpo,
y dejándolos solos, caminaron
al palacio de Priamo. El cadáver
del desgraciado Héctor conducían
los ligeros caballos en sus lomos,
y desde el cielo la rosada aurora
derramaba su luz resplandeciente.

JOSÉ MARÍA DE RETES Y MUYRANI.

Enero 20 de 1879.

LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO

PARTE TERCERA

Las corporaciones de artes y oficios y su reconstitución.

CAPITULO III

Consideraciones generales sobre las utopías contemporáneas.—La utopía de Mr. Secretan, sus bases y apreciación de la misma.—Edward Bellamy y su utopía.—Predecesores de Bellamy.—Opiniones de Kirchenheim y Laveleye.—Imitadores, plagarios é impugnadores de Bellamy.—Consideraciones finales.

I

Sorprende á primera vista, causando no poca extrañeza, el que en las postrimerías del siglo XIX, cuando al *romanticismo* de los primeros años del mismo había sucedido el más pronunciado *naturalismo*; al *idealismo* que se cernía en las más elevadas regiones del espíritu, el *positivismo*, que por encima de todo, ya que no exclusivamente, se preocupa de las realidades de la vida terrestre; á las enconadas y cruentas luchas políticas, que á veces tocaban con el bizantinismo y á veces se manifestaban con verdadera grandeza, las no menos grandes contiendas económico sociales, de las que resultará la completa redención de la humanidad; al predominio de los ilusos sectarios del *economismo histórico*, que, ciertamente, no ha servido sino á la causa de los menos con sus pretendidas leyes naturales y sus libertades platónicas, el aumento considerable del influjo de las ideas socialistas, que procuran y

patrocinan la realización de las justas aspiraciones de las más numerosas clases sociales; sorprende y causa extrañeza, decimos, á primera vista que, respirando tal ambiente, se hayan multiplicado las *utopías* y lleguen estas por algunos denominadas *novelas* adonde no se atrevieron á penetrar los utopistas anteriores, dejando muy atrás á las más atrevidas concepciones. Pero lo que á una superficial observación se ofrece como anacrónico é inconcebible, aparece muy natural y lógico al profundizar en el estudio de los interesantes libros de los Secretan, Bellamy, William Morris, Douilly, Fernand, Maurice Block, Teodoro Hertzka, etc., etc.

Con efecto, las obras de dichos publicistas, algunas de las cuales vienen á ser parodias de las de Bellamy, se diferencian radicalmente de las que, á partir de Platón, se han ofrecido en el transcurso de los siglos. Á pesar de lo mucho que en ellas campea la imaginación, no se abstraen del medio ambiente social, como tampoco se divorciaron aquéllas por completo del de las épocas y pueblos en que fueron producidas. Tras de los ensueños, y en los países ideales de las utopías, aparecen siempre las más ó menos tristes realidades del presente y aspiraciones á un determinado porvenir, á veces tan sólo sentidas por reducidísima minoría, y las generales, constantemente alentadas por la humanidad, al mejoramiento de la vida. Así, en todas ellas, lo mismo en las ofrecidas por la antigüedad que en las que aparecen en los albores de la edad moderna, que en las correspondientes al llamado siglo de los filósofos y de los enciclopedistas, coronado por la inmortal revolución francesa, que en las que se producen en el finado XIX, se observa una parte crítica que aprecia al presente, juzgándolo siempre duramente, y otra parte saturada de idealismo, y en la que, bajo la forma novelesca, se traza el cuadro, por lo regular resplandeciente, de la sociedad que resultaría una vez planteadas las reformas y realizadas las transformaciones patrocinadas por los entusiastas y humanitarios innovadores. Puede decirse, pues, que las últimas, con muy contadas excepciones, sobre todo las de nuestros días, por el carácter que afectan, por las tendencias que revelan, por las doctrinas que comprenden y por las formas que

utilizan, sin romper la cadena que con las anteriores las enlaza, constituyen más ó menos racionales sistemas.

El principio *comunista* informa á la mayor parte de ellas, y el del *colectivismo* á varias de las más recientes, como la de Bellamy. La igualdad de las condiciones, que no pasó por la imaginación de los utopistas de otros tiempos, es una de las bases capitales y de las aspiraciones de los de hoy. La implantación de la justicia, aunque de distinto modo concebida, ha sido casi unánimemente procurada. Á la generalización del bienestar material tienden sin excepción alguna, y al perfeccionamiento de la vida moral aspiran también no pocas. Y en cuanto al trabajo y á su organización, de que no se preocuparon los soñadores de algunas épocas, es por modo cierto la parte que descuella en las concepciones utópicas modernas. En ella ponen también de manifiesto su mayor ó menor asimilación al medio ambiente, puesto que, como ya hemos indicado, el político es absorbido por el económico, y dentro de éste por el que se enlaza con el ejercicio consciente de la actividad humana en la obra de la producción. Demostración de estas indicaciones la encontraremos en las tres utopias de que vamos á ocuparnos, ó sean las de Secretan, Bellamy y Hertzka, pues tan sólo imitaciones de ellas son las demás publicadas.

II

La utopia no ha muchos años dada á luz por el eminente profesor de Filosofía de la Universidad de Laussane, Mr. Charles Secretan, que tantos y tan doctrinales estudios ha venido publicando, es una de las que más merecen fijar la atención científica, y de las que muy perceptiblemente marcan el cambio radicalísimo que ha tenido lugar en el *utopismo*, ó sea su evolución última, en cuya virtud ha abandonado los antiguos moldes, y se ha convertido en exposición más ó menos recreativa, pero indudablemente científica, y de altos vuelos, de sistemas que, ya abarcan todos los problemas relacionados con la reorganización social, problemas que tanto conmueven

y agitan á los pueblos, ya tan sólo algunos de ellos, y principalmente los que afectan á la manera de ser de las industrias y del trabajo, y á la existencia de los numerosísimos individuos que constituyen la utilísima población obrera.

Apreciando dicha utopia, de la que nos ocupamos antes que de la tan conocida de Mr. Bellamy, aun cuando sea posterior á esta, atendiendo á su menor radicalismo, escribía Mr. Emilio de Laveleye en la *Revue de Belgique* (año 1890): «La utopia de Mr. Secretan nos parece responder, aunque con bastante generalización, al ideal entrevisto para el porvenir por cuantos abrigan una fe verdadera en el progreso ulterior de la humanidad. La *nacionalización*, ó más bien, la *comunización* del suelo, entendemos no ha de ofrecer grandes dificultades. En una carta dirigida al *Times* en Noviembre de 1883, Mr. Luis Mallet, que combate enérgicamente esta medida, dice muy bien que para juzgar una institución es preciso ver si hace efectiva la responsabilidad y sí tiende á mantener el equilibrio entre la oferta y el pedido. Pero bajo este punto de vista, que el colono pague la renta á un propietario, á una corporación de la *Cité*, ó á un municipio, no afecta á la esencia. En Rusia y en Prusia el Estado posee gran número de territorios que arrienda como lo haría cualquier propietario. En Bélgica y en otros pueblos, los hospicios, institutos de interés público, poseen muchos dominios, alquilados y administrados como los de los particulares. El estimulante del trabajo y la responsabilidad son iguales en ambos casos. Elevad el impuesto territorial de manera que absorba la renta, y nada se cambiará en la marcha de las relaciones económicas; únicamente el Municipio, la Provincia ó el Estado serán más ricos proporcionalmente á lo que pierdan los propietarios. La sola cuestión que interesa al bienestar general es ésta: ¿será empleado el producto territorial de un modo más provechoso por los poderes públicos que por los particulares?»

Pero dejando á un lado estas consideraciones, que únicamente de un modo muy indirecto pueden referirse al particular que nos ocupa, pero que no hemos creído deber omitir por completo, pues sirven de aclaración á varios extremos, veamos lo que es la utopia de Mr. Secretan, y cuáles sus ideas

respecto á la organización del trabajo. Así como el personaje principal de Bellamy, hipnotizado en el siglo XIX, vuelve á la vida consciente, libre de su voluntario letargo, en la misma ciudad del Norte de América, finalizado el siglo XX, así el de Mr. Secretan despierta, después de muchos años de sueño, «en la ribera encantadora del lago Lemán», tropezando con un ser singularísimo que ostenta «la elevada frente y la penetrante mirada del filósofo y las callosas manos del obrero», quien le saluda, al que interroga y que, contestándole, le explica que «el estado social en el medio á que ha sido transportado es muy distinto del estado social del siglo XIX». ¿Cuál es la causa de ello? ¿En qué consisten las diferencias? ¿Qué ventajas ofrece dicha sociedad sobre la nuestra? La respuesta á estas preguntas se encuentra en la exposición hecha por aquel habitante, que al oficio de herrero junta una inteligencia desarrolladísima y todos los conocimientos de un sabio

Transcribiremos algunas partes de dicha narración, que creemos suficientes para que pueda formarse juicio de lo que es la utopía y de las ideas de Mr. Secretan que más nos interesan: «La jornada de los hombres se divide en dos partes, la una consagrada al trabajo manual, y la otra á las ocupaciones del espíritu. Los jóvenes, todos los cuales reciben una instrucción completísima, aprenden también un oficio que ejercen más tarde y que les realza á los ojos de sus conciudadanos». «Hoy que cada uno trabaja—añadía el herrero filósofo,—bastan seis horas para proporcionar á todos los medios para sostener á sus familias con comodidad. Se relevan en los talleres, donde las máquinas funcionan sin interrupción. Todo esto sucede porque no tenemos ociosos, ni propietarios territoriales, ni capitalistas y parásitos de todo género, ni obreros sin faena. No está prohibida la circulación del capital, pero ha descendido tanto el interés del dinero, que se necesita una fortuna excepcional para vivir exclusivamente de sus rentas, tanto más cuanto que el salario es muy elevado, 3.000 francos anuales por término medio. Todas las tierras y aun las casas de alquiler pertenecen al Estado, que las ha *nacionalizado* por medio de un elevadísimo derecho de sucesión».

después de indemnizar á los antiguos propietarios. La industria manufacturera es ejercida por sociedades cooperativas. Todos los obreros de una mina, de un taller ó de una fábrica son más ó menos cooperativos; el director, los empleados y los trabajadores son con sus ahorros accionistas, y este fondo de ahorro comienza á formarse con retenciones del salario desde el día de su entrada en el establecimiento social; únicamente los auxiliares que se reciben por algunos días cobran íntegra su paga.»

¿Cómo se efectuó el tránsito del antiguo régimen, del constituido por los tan poco beneficiosos *capitalismo é industrialismo*, imperantes en el siglo XIX, al régimen nuevo, al *nacionalista ó comunalista*, como dice Mr. de Laveleye, y *cooperativo*? De un modo sencillísimo é increíble, contesta Mr. Secretan, por medio del sabio trabajador de su utopía. «La lucha entre capitalistas y obreros se había hecho tan violenta y las huelgas tan continuadas, que los jefes de industria no tuvieron otro recurso que asociar todo el personal á la empresa, concediéndole una participación en los beneficios. La parte concedida á los obreros les permite ser accionistas ó comanditarios, transformándose los patronos en gerentes. Introducida de ese modo la cooperación, fueron cambiándose las empresas industriales en cooperativas de producción, aun viviendo los antiguos jefes y bajo sus auspicios. Por esta vía entra el obrero en posesión de los instrumentos del trabajo, y la propiedad, sin la que no hay libertad real, se universaliza en la asociación.»

Despréndese de lo copiado que la *utopía* de Mr. Secretan es—permitasenos la frase—la menor cantidad posible de utopía, que se acerca al *comunismo*, pero sin atreverse á traspasar las fronteras, y que, aun cuando se refiere al *colectivismo*, adopta medios graduales é indirectos para llegar á su implantación, á su universalización, sin destruir por ello la propiedad, sin la cual, según él, *no hay libertad real*, aseveración aventurada, toda vez que la propiedad privada puede desaparecer, modificarse profundamente ó sufrir una transformación radicalísima, sin que por ello se coarte, y con mayor razón se suprima, la libertad, que, aun en los pueblos que se

consideran disfrutando la más amplia, apenas si ha pasado de ser un principio consignado en las constituciones políticas, teórico é ilusorio.

En cuanto á la organización del trabajo, establece Mr. Secretan como bases de la misma una amplísima educación integral, profesional y científica, la alternativa de las ocupaciones manuales y de las que se denominan intelectuales, la reducción considerable de la jornada, la multiplicación y funcionamiento continuo de las máquinas para sustituir al hombre en muchas faenas, y para hacer posible, sin detrimento de la producción, dichas alternativas de las ocupaciones y reducción de la jornada, la asociación armónica del patrono y del obrero, la participación de éste en los beneficios de la empresa, el aumento considerable de los salarios, la retención de una parte de ellos para constituir el fondo de ahorro y la conversión de tales ahorros en acciones de la empresa industrial, la generalización de la forma cooperativa de producción y la posesión por el obrero de los instrumentos del trabajo. Constituye, pues, su utopía un sistema científico y factible, en el que se hace notar el influjo del socialismo colectivista, y á cuya realización indudablemente se camina. Puede decirse que es una transición entre las formas actuales de actuación del trabajo y las que se preconizan por el partido obrero, entre lo que es y lo que debe y habrá de ser. No rompe por completo con el presente, no penetra de lleno en el porvenir soñado por el socialismo radical: más bien se halla inspirado por el socialismo posibilista. Aunque, atendiendo á su forma novelesca, ha sido comprendida entre las utopías de fines del siglo XIX, realmente no le corresponde tal concepto: es una obra más científica que recreativa.

III

De todas cuantas *utopías* han visto la luz pública en estos últimos años, y la única tal vez que en celebridad é importancia puede competir con las de San Simón, Fourier, Owen y Cabet, ofreciendo cual éstas los caracteres de un verdadero

sistema económico-social, merece señalarse especialmente y ser objeto de detenido examen la que con el título de *El siglo veinte* escribió Mr. Edward Bellamy y cumplimentó en el año 1897 con otro trabajo al que denominó *Egalité*. La utopía de Bellamy ha tenido un éxito fabuloso: en pocos años se sucedieron unas á otras las ediciones, fué traducida á diferentes idiomas, las clases proletarias la recibieron con entusiasmo, fué estudiada por los más eminentes hombres de ciencia y se emitieron acerca de ella numerosos y encontrados juicios, surgiendo no pocos imitadores. ¿Es realmente acreedora á tan extraordinario éxito? Entendemos que sí. Aunque ni la idea de la misma ni los principios que sustenta son originales de Bellamy, pues, por una parte, la historia del *utopismo* hace mención de algunos predecesores suyos en cuanto á la idea, y por otra parte, no hace sino exponer y desarrollar en ella las doctrinas de la escuela *colectivista*, lo verifica con tanto ingenio, emplea un lenguaje tan elocuente y atractivo y revela una imaginación tan fecunda y brillante, que desde luego se comprende la razón del aplauso y de la poco común acogida que ha merecido. El socialismo en general, y en particular el colectivismo, han encontrado en Mr. Bellamy uno de los expositores más geniales, uno de los defensores más penetrados de su verdadero espíritu y uno de sus vulgarizadores más hábiles. *El siglo veinte* y la *Egalité*, que le complementa, han hecho en poco tiempo por la causa socialista lo que muchos años de propaganda no le habían depurado. Su influjo ha sido considerable y sólo puede compararse con el de algunos de los *utopistas* que le precedieron y con el de Lassalle, Karl Marx y otros eminentísimos reformadores.

Mr. Bellamy toma como tipo de su organización social la República norteamericana, suponiendo que en ésta, durante el siglo XX, se han realizado la revolución y la transformación económico-sociales más radicales y completas, las que se persiguen por la extrema izquierda del socialismo, y que, como consecuencia de ellas, «todo individuo, fuerte ó débil, ardiente en el trabajo ó perezoso, robusto ó atlético como un Hércules ó anémico y estropeado, tiene, por el solo hecho de exis-

tir, derecho al bienestar, perteneciendo todo á todos»; afirmación ó presupuesto que, arrancando del principio comunista, no es llevada por Bellamy á sus últimas y lógicas conclusiones, á las á que ha llegado el *comunismo histórico*, y ante las que no se detuvieron la casi totalidad de los *utopistas*: se atiene á las doctrinas del *colectivismo* moderno, comprendiendo, conforme los *teóricos* de esta escuela han comprendido, que el comunismo absoluto pugna con la conciencia pública, y contrariaría, cual ha contrariado en los pequeños y tristes ensayos que de él se recuerdan, la libertad y la justicia, no aconteciendo lo mismo con el colectivismo, según sus más sensatos y científicos preconizadores.

Explicando esa organización social que supone ya completamente implantada al terminar el siglo que ha comenzado, en el pueblo que encomia por ser el suyo, y después de expresar que cada ciudadano, detalle muy característico, recibe una especie de carta de crédito suficiente para que pueda cubrir sus necesidades y hasta sus caprichos, idea ya emitida por alguno de los utopistas anteriores, dice Mr. Bellamy: «Habrá casas para todos los gustos, y al tomar una para habitarla por tanto alquiler al año, se tacha la suma á que este alquiler ascienda. Habrá un almacén nacional en cada cuartel, en cada aldea, y en él se encontrarán, teniendo señalados los precios, cuantos artículos son posibles, de los que pueden elegirse los que se apetezcan, borrando de la carta un empleado el precio de la compra. Se puede comer en la casa de cada uno: la cocina del cuartel (un palacio donde se puede comer en la mesa general ó en un gabinete particular, cuyo cuartel anual se paga), borrándose de la carta el coste de cada comida. La opinión pública basta para que se acomode el gasto á la cantidad representada por la carta, y si no bastase, puede hacerse un empréstito sobre el crédito del año siguiente».

Saltan desde luego á la vista las dificultades de este, en apariencia, tan sencillo sistema de consumo: tal como se presenta y se desarrolla es un verdadero sueño: se considera que la buena fe alienta á todos, y se concede á la opinión pública una fuerza decisiva sobre la conducta de cada uno, que podrá tener al finalizar el siglo XX, pero que ni con mucho alcanza

en sus comienzos, y menos á la egoísta, materializada y de sentido moral tan perturbado, en la que Bellamy supone establecido su régimen. Como resultado de éste, no sólo quedan aseguradas la subsistencia y el bienestar, sino hasta los goces y caprichos. Desaparecen el cuartel, el convento y el hospicio de los otros soñadores, y queda el individuo disfrutando plenamente de su autonomía. Pero ¿cómo se convertirá en realidad este imaginario país de Jauja? Mr. Bellamy se hace cargo de esta pregunta y procura darla contestación, á su juicio completa.

Ocupándose de esta cuestión, que en vano han procurado resolver hasta ahora de un modo completamente satisfactorio las escuelas socialistas más radicales, pone Mr. Bellamy en labios de su personaje hipnotizado en el siglo XIX, y á quien se saca de tal estado finalizando el XX, varias objeciones que se cuida de desvanecer el americano, tan entusiasta de la sociedad en cuyo seno ha nacido, y que puede decirse resumidas en las siguientes líneas: «Nadie se queja de que siendo activo y laborioso se le remunere del mismo modo que al trabajador indolente, que al holgazán; nadie ve injusticia en nuestro régimen, puesto que á cada uno pedimos la misma cantidad de servicios: no pedimos que cada uno haga igual esfuerzo, sino que haga lo mejor que pueda hacer. Es verdad que la cantidad de productos resultado de la actividad del uno podrá ser doble que la del otro; pero el producto es una cantidad material y no moral, y respondería á una lógica muy extraviada el querer medir por una regla material hechos que son del dominio de la moral, pues cualquiera que haya hecho lo que mejor pueda, ha hecho lo que todos los otros».

Las ideas de Mr. Bellamy referentes al trabajo y á su organización, á que también puede referirse lo copiado, no difieren en su esencia de las más generalizadas del socialismo. El repetidamente citado Von Kirchenheim, las expone en estos términos: «La única misión del gobierno consiste en reglamentar la industria. La obligación de trabajar dura desde los veintiuno hasta los cuarenta y cinco años, y cada uno tiene una ocupación que durante los primeros años consiste en desempeñar las funciones de mozo de café». Ser mozo de café, tal es el

primer escalón que conduce á los empleos superiores. «El actual Presidente de la república hizo durante veinte años el servicio de un restaurant.» «Hasta los veinte años, dice Bellamy, nadie trabaja, en la acepción económica de la palabra: hasta esa edad, se educa al individuo; á partir de ella, se ingresa en el servicio industrial. Los tres primeros años se dedican al aprendizaje integral, iniciándose al neófito en la práctica y conocimiento de los oficios, hasta que, haciendo la elección de uno, se perfecciona en él hasta los veinticuatro años, en que abraza, como oficial, la rama de la producción que ha escogido. Todos los oficios son igualmente dignos, porque los que los ejercen están igualmente instruídos y educados. El progreso de las ciencias de aplicación se ha encargado de dar de mano á las faenas repugnantes, calcinándose, por ejemplo, valiéndose de la electricidad, las inmundicias.»

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

POR QUÉ EL SIGLO XX COMIENZA EN 1901

En el núm. 590 de esta revista, correspondiente al 30 de Junio de 1900, apareció un artículo en el que su autor trataba de demostrar que el primer día de Enero de dicho año lo había sido también del siglo XX, fundándose para establecer ese aserto en argumentos que parecen sólidos, y que en realidad no pueden resistir á un examen detenido. Como tal creencia se halla muy generalizada, voy á procurar rebatirla, ya que la admite un buen número de personas basándose en las soberanas disposiciones del Emperador de Alemania y del Zar de Rusia, que consagraban tan manifiesto error.

Toda la argumentación de los que aún sostienen que el año 1901 es el segundo del siglo hállase cimentada en la suposición de que es cardinal la numeración de los años, siendo así que es ordinal, y en admitir, por consiguiente, la existencia de un año *cero*. Cúmpleme, pues, destruir semejante falsedad y robustecer mi aserción, tan opuesta á la indicada.

En primer lugar, no puede dudarse de que es ordinal la distribución del tiempo, pues si bien en nuestro idioma por elipsis ó brevedad se emplea la cardinal (como se emplea también en la enumeración de los reyes, no obstante ser ésta ordinal notoriamente), en los idiomas germánicos y sajones, en que por su estructura peculiar es más sencilla la formación de los ordinales, se enuncian los días ordinalmente (1), lo cual se hace también en castellano con el primer día de cada mes.

Y que no es errónea esta aseveración mía pruébanlo ade-

(1) El 15 de Enero se dice en inglés: *The fifteenth of January*, y en alemán: *Der fünfzehnte Januar* el décimoquinto de Enero.

más de los ejemplos citados las palabras de los mismos que defienden la teoría contraria, pues afirman que «hemos entrado en el vigésimo siglo de la era cristiana», lo cual, ó quiere decir que nuestra opinión es la verdadera, puesto que consideran ordinalmente la distribución de los años, ó significa que ya han transcurrido veinte siglos, supuesto que este número parece indicarlo así, habida cuenta de la aritmética cronológica que para este caso se ha inventado.

Pero aún se confirma más mi tesis acudiendo á los textos de nuestros más eximios historiadores y de nuestros escritores más castizos, los cuales, al referirse á la era vulgar para fijar la época en que se verificó algún acontecimiento, siempre dicen que fué en el año de gracia tal ó en el año tal de Jesucristo»; pero nunca escriben que un determinado suceso se realizó «tantos años después de Jesucristo», como sería preciso decir admitiendo la numeración cardinal.

Establecida de este modo la cuestión, desvanécense todas las dudas; mas si alguna quedase, un ejemplo y una afirmación científica me bastarían para destruirla.

Si después de sonar las doce de la noche del 1.º de Enero de un año cualquiera nos preguntan en qué día estamos, á buen seguro que todos contestaremos sin vacilar que en el día 2 del propio mes, lo cual de ningún modo quiere decir que hayan trascurrido *dos* días del mes de Enero, sino que ya ha pasado *uno* y ha empezado á transcurrir el segundo, que no se completará hasta que suenen las doce de la noche, en cuya hora comenzará el tercer día; continuando de idéntico modo con los treinta de que el mes se compone, y terminando éste cuando termine el trigésimo día, que nosotros llamamos día 30.

Igual sistema se aplica á los años. Cuando comenzó nuestra era, comenzó también el primer año de ella, primer año que, como todos (1), constó de trescientos sesenta y cinco días, expirado el último de los cuales dió principio el

(1) Al hacer esta afirmación no tengo en cuenta, porque en nada altera mi teoría, la existencia de años bisiestos y la supresión de diez días que el Papa Gregorio XIII ordenó en 1582 para poner el calendario civil de acuerdo con el cómputo astronómico.

año segundo, con cuyo nombre se designó el período de trescientos sesenta y cinco días que medió entre dos días 31 de Diciembre consecutivos; y cuando terminó el centésimo año, terminó también el primer siglo, principiando el segundo en el mismo infinitesimal instante en que principiaba el año centésimoprimer, que llamamos año 101, y que fué, por tanto, el primero de la segunda centuria. Esto sentado, es evidente que el siglo III empezó en 201, el IV en 301, el XIX en 1801 y en 1901 el siglo XX.

La afirmación científica se refiere á la diferencia esencialísima que existe entre la cronometría y la cronología; la primera mide y divide el tiempo valiéndose de aparatos llamados relojes ó cronómetros; la segunda lo distribuye empleando instrumentos denominados calendarios, y es insigne aberración emplear aquélla para esclarecer algún punto confuso de ésta, ó al contrario.

Pero este modo de enunciar los años—que, de ser diferente, sólo serviría para distinguir unos de otros, como ocurre con los días de la semana,—nos sirve también para el cómputo del tiempo, sin más que contar como años enteros los que indique el cardinal correspondiente al ordinal anterior á aquel que sirva para designar el año de que se trate y agregar luego á ese número, como parte fraccionaria, el número de días que de éste hayan transcurrido. Así, pues, en 20 de Febrero de 1901 podría asegurarse—admitiendo como exacta la cronología de Dionisio *el Pequeño*—que hacía mil novecientos años y cincuenta y un días que Jesucristo había sido circuncidado.

Hoy el interés de esta discusión está muy debilitado, pero como la misma controversia surgirá seguramente cuando comience el siglo XXI, para entonces deseo á mis lectores todos que puedan sostenerla triunfantes.

L. VÍCTOR PARET.

Madrid 1.º de Enero de 1901

(según el uso).

EL CANTO DEL POETA

I

Yo soy el mismo siempre: el soñador eterno
que mora en la insondable región del ideal;
el bardo en cuyo canto, ya varonil, ya tierno,
perpetuamente flota su espíritu inmortal.

Yo soy el mismo siempre: el trovador errante
que cruza por la tierra, de su laúd al son,
corriendo tras la gloria con ansia delirante,
llevando de ilusiones repleto el corazón.

Cantar es mi destino, y acátolo obediente;
cantar es mi destino, y canto sin cesar.

¡Quien dió trinos al ave y al mar voz prepotente
sabrà por qué yo al mundo nací para cantar!

Yo canto cuanto el orbe de grande y bueno encierra,
la aurora y la esperanza, la noche y el dolor,
la majestad del cielo, las galas de la tierra,
los triunfos del progreso, las glorias del amor!

Mis versos son el molde sonoro en que vació
los ayes de la pena, los goces del placer;
¡inquietas mariposas á las que yo confío
afanes del mañana, tristezas del ayer!

El universo entero palpita en mis cantares
y en ellos van mezclados, igual que en la creación,
anhelos y venturas, amores y pesares,
suspiros de alegría y gritos de pasión.

Mi gloria estriba en eso, y amante de la gloria
por nada trocaría su halago virginal;
¡que no hay nada en la vida mezquina y transitoria
como alcanzar el lauro que al nombre hace inmortal!

II

Yo soy el poeta, yo soy ese mago
que sabe la historia del viento y la flor,
que roba sus dulces murmullos al lago,
y al ave le copia sus cantos de amor.

Yo soy ese espíritu errante que vaga
del valle al desierto, del mundo al edén,
que al mártir consuela, que al mísero halaga
y á todos inspira la senda del bien.

Yo voy por la vida sin rumbo cantando,
¡sin rumbo! cual ruedan las olas del mar,
mi oscuro camino de flores sembrando,
¡pedazos del alma dejando al pasar!

Yo soy el que puebla la mente de sueños
que el mundo convierten en áureo verjel;
quien brinda á los ojos paisajes risueños
que son de la dicha la copia más fiel.

Yo soy quien las ansias del alma interpreta,
mostrándolas vivas con forma y color;
quien canta y pregona la fe del profeta,
la gloria del sabio, del héroe el valor.

Yo soy el poeta; quien lleva en su frente
los gérmenes puros de un mundo ideal;
quien ciñe coronas de luz esplendente
con rayos más vivos que un cetro real.

A veces mis sueños enturbia la duda
y abate mis fuerzas el fiero dolor;
mas pronto renace la fe que me escuda
y emprendo mi senda con nuevo vigor.

Luchando sin tregua mi vida se acorta;
mis triunfos amarga la envidia letal.
Mis dichas son breves; mas eso ¿qué importa?
¡Detrás de mí queda mi fama inmortal!

III

Yo soy el mismo siempre: el soñador eterno,
el bardo en cuyo canto, ya varonil, ya tierno,
va trasmitiendo de una á otra generación,
de razas extinguidas las huellas que dejaron,
las luchas que el planeta con sangre fecundaron,
los héroes y los mártires que el lauro consiguieron,
los templos que se alzaron, los tronos que se hundieron,
la mágica leyenda, la vieja tradición.

Yo soy el mismo siempre: el trovador errante
que sigue de la gloria la estela fulgurante,
buscándola afanoso con loco frenesí.

Me ciega y me embriaga su llama bendecida;
mas, sábelo en secreto, ¡oh virgen de mi vida!
La gloria que persigo con tan tenaz empeño,
la gloria por que lucho, la gloria con que sueño,
la quiero por ti sola, ¡y es toda para ti!

J. TOLOSA HERNÁNDEZ.

LA VIDA DE UNA MADRE ⁽¹⁾

POR EL

SEÑOR LORENZO SALAZAR

DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA Y MUSEO NACIONAL DE SAN MARTINO
EN NÁPOLES

VERSIÓN DEL ITALIANO

«Torre 22 de Diciembre.»

Queridísima Fanny:

Me siento mejor. He podido levantarme y te escribo en el antiguo sitio, cerca del balcón.

El Obispo ha dado su permiso, y después de tanto tiempo, podré volver á oír misa el domingo, en mi estancia, Vendrá á celebrarla un fraile franciscano del convento próximo. Apropósito, te agradezco la caja, que me agrada por tener el color franciscano.

Has de mandarme velas de cera; un mantelillo para el altar; dos ramos de flores; dos floreros; una caja de lamparillas.

Me contenta saber que Mario se conduce bien: la tía, que tanto le quería, ruega en el cielo por él y obtiene que sea bueno.

Hasta la vista, hija mía: besa á Dora, besa á todos los niños y ruega por

TU ANCIANA MADRE.»

(1) Véase la página 657 del tomo anterior.

Iba acabándose el año, llevando consigo las pocas esperanzas que teníamos de ver prolongada aquella preciosa vida. La Navidad fué melancólica para nosotros, porque la crudeza de la estación contribuía al malestar de la enferma con los días sombríos de agua, viento y nieve.

Físicamente soportaba el sufrimiento, pero estaba triste, muy triste, faltándole el cielo azul, la luz, el ocaso del sol, que solía observar en todas sus fases extática, comparando y admirando las tintas de aquella riqueza de color, de su desvanecimiento siempre vario, siempre bello.

Para ella, que tenía alma de artista, de poetisa y de creyente, había enseñanza, deleite, razón de fe y de admiración en aquella última caricia, saludo cotidiano del sol y la tierra, y cuando estaba privada de distracciones, faltábale ésta que tanto le agradaba.

Mi hermana, aunque débil, no repuesta del parto, y teniendo que cuidar de su familia, venía con frecuencia á visitarla; yo, más afortunado que ella, podía dejar mis ocupaciones y vivir al lado de la madre querida en sus últimos días, y en ellos recorriamos el pasado y hablábamos del porvenir mío... ¡y suyo! Con mirada triste, dulcísima, me respondía, asomábanle las lágrimas, pero sonreía. Yo alegaba algún pretexto para salir un momento, desahogar el llanto y volver más sereno.

Más débil y postrada cada día, sin variar mi madre, rezaba por el bienestar de todos, hablaba con las personas que la visitaban y trataba tranquilamente de su fin próximo como de cosa natural é inevitable. Conmigo la acompañaba la señorita Gottraux, corazón de oro y modelo de enfermeras, y la buena señora Hamor, que en la voz, en los modales y en el aspecto recordaba á mi madre á su querida cuñada Georgina.

Como irlandesa ella é inglesa Mrs. Hamor, solían tener controversias políticas sobre las relativas condiciones de las dos islas, y así, parte en conversación, parte en rezo, pasábamos los días. Se leía en latín el oficio de la Inmaculada Concepción. La señora Hamor repetía en inglés la misma plegaria que tía Georgina había recitado á la cabecera suya estando enferma en Dublin, y mi madre daba gracias á Dios por esta coincidencia que consideraba como gracia especial. Yo leía

y releía para ella el libro de las Flores de San Francisco.

Mi madre se había hecho en Pozzuoli terciaria de la Orden, y ese sublime librito, que ha atravesado el tiempo flotando victorioso en todos los siglos de nuestra literatura, fué desde entonces compañero inseparable que la confortaba deleitándola en las horas de fatiga y soledad.

Esas horas, corriendo veloces, eran como años para ella y para cuantos la amábamos.

Pero á la vez era cada instante un tesoro, cada fase de la enfermedad un acontecimiento, cada esperanza un océano de luz, cada palabra suya un volumen, cada mirada un poema.

Había perdido el anillo nupcial: en aquellos días mandó labrar uno nuevo é hizo grabar su nombre y el de mi padre. Deseaba estar dispuesta para la nueva unión. El 1.º de Enero de 1883, á las cuatro y cuarto de la madrugada, escribía en su libro de memorias:

«Espero al Señor, Dios del cielo y de la tierra.

¡Oh, ángeles todos, rogad por mí!

Que Dios bendiga á mis hijos y á mis nietos, á mis amigos y á cuantos me son queridos.

He leído maitines y laudes.

Siete y media. Lorencito me ha leído prima.

Ocho y media. Se ha concluído. R. I. P.»

«2 de Enero 1883.

Cuatro media de la madrugada.

La paz me acompaña; la paz que no puede dar ni quitar e mundo.

¡Gracias, Señor! Concededme fe y resignación.»

«3 de Enero 1883.

Me he despertado helada: no encontraba este librito. La gran debilidad me ha hecho creer próxima la última hora. Ruego á Dios tenga misericordia de mí.»

«4 de Enero, jueves.»

Cinco de la madrugada.

Ayer sentí violenta opresión y se apoderó de mí el terror. En aquel momento no recé. ¡Miserable criatura!»

«4 de Enero.»

Esta mañana me ha aconsejado la señora Hamor que reciba los últimos sacramentos.

Ha venido el doctor, que nada ha dicho en este particular. Á las dos entró mi confesor y también fué de aquella opinión: yo consentí.

Á la puesta del sol me han traído el Santísimo Sacramento. Fué Lorencito á buscar al sacerdote que había de suministrármelo. Él, la señora Hamor y Carmela rezaban arrodillados. Veía desde la cama desaparecer el sol y me parecía que con él iba mi vida de este mundo.

¡Cuánto conforta la Extremaunción!

Conoce el hombre que ha obtenido el perdón de sus faltas y desde el momento se eleva el pensamiento á las cosas del cielo. Así sea para mí.

Señor Dios, gracias os doy por vuestra inmensa misericordia.»

«Viernes 5 de Enero.»

Noche de angustia, de opresión y de falta de aire; pero estaba Jesús.

Hoy ha venido Fanny y ha estado afectuosísima. ¡Queridos hijos míos!»

*
* *

Cumplidos los deberes religiosos, más tranquila con la presencia de Dios, más contenta por la serenidad del cielo, la transparencia de la atmósfera y la riqueza de color que veía, con el valor que caracteriza á los hijos de Irlanda, en su misma dolencia encontraba motivos de broma, refería anécdotas oportunas, distraída, en una palabra, de tétricos pensamientos. Hasta la noche que precedió á su muerte, me prohibió terminantemente velarla, no consintiendo quedase en su compañía más que la enfermera.

No me atreví á insistir, sabiendo que la disgustaría, pero en la soledad de mi estancia me era imposible dormir, temiendo al menor rumor de pasos en el corredor. Cualquiera voz lejana me parecía lamento y me hacía incorporar, quedando inmóvil con el oído atento. Esperaba á cada instante que un golpecito en la puerta ó una voz dijera: «¡Vuestra madre os llama! ¡Vuestra madre se muere!»

De cuando en cuando iba hasta su puerta y miraba la habitación alumbrada por la lamparrilla nocturna. La enfermera dormitaba sentada: mi madre, reclinada sobre muchas almohadas, respiraba fatigosamente. Me alejaba volviendo á mi cuarto con aquella melancólica visión.

En tanto, quién sabe si á su mente se ofrecía la de su tierra verde y la de la celestial mansión prometida, pasando alternadas por el cerebro moribundo como rápida fantasmagoría, en la penumbra de la noche, durante las horas largas de vigilia.

Quién sabe cuántas escenas olvidadas de otros tiempos revivían en aquellos momentos. Montes y barrancos, extensas praderas, yerba inclinada al soplo de la brisa oceánica, setos y fosos; amazonas intrépidas y jinetes, caballos y perros, relinchos y sonidos de trompa, avalancha viva que afronta temeraria la muerte á cada instante, risa de los caídos, risa de los obstáculos.

¡Hop! Delante de todos, firme, doblegándose á lomo del indomable saltador irlandés, iba ella á la cabeza, e'la, que llegaba primero á la marca... La emoción hacía subir al rostro gotas de sangre que en aquellos momentos de ardor juvenil teñían de rojo las frescas mejillas.

¡Acudid, caros recuerdos de una vida que huye! Y más rápidos que aquellos caballos aparecían, se precipitaban y desaparecían en la imaginación.

Después, poco á poco, inclinada la cabeza sobre las almohadas, se confundían las ideas revistiendo formas extrañas, se dilataban las pupilas cansadas de buscar entre las tinieblas las visiones evocadas, y descansaban bajo las pestañas humedecidas por amarguísimas lágrimas.

Ya casi desasido del cuerpo el espíritu y borradas esas reminiscencias del tiempo, se aferraba al futuro, y por última

aparición veía á los hijos, pálidos, abrumados, llorosos, inclinados hacia el suelo al borde de una fosa abierta...

Cesaba el estertor, íbase calmando la respiración: dormía.

Velaba, sin embargo, el alma en el cuerpo inerte, contando por los latidos del pobre corazón los momentos que la separaban de la eternidad, compadeciendo á la débil envoltura que la había retenido, feliz de irse hacia Dios al fin. Y el alma impetraba del Creador que descorriera siquiera por un instante el velo tras del que se ocultaba la inexplicable visión celestial... Asomaba el alba; los ojos de la enferma se abrían amorosos hacia la luz, más radiantes que ella... ¡Veían á Dios!

*
* *

El 8 de Enero de 1883 acabó mi madre con el día. Cuando el sol se hundía en la mar para mostrar su resplandor en otro hemisferio, antes de dejar ver el postrer reflejo, envió un rayo de despedida al lecho, sobre el rostro de la moribunda, cuyos ojos, dirigidos ya hacia un mundo de luz sin ocaso, cambiaron el saludo.

Nosotros, arrodillados, llorando, con la frente apoyada en la colcha, la estrechábamos las manos queriendo retenerla: pedíamos á Dios un milagro. Con la mirada fija en su rostro interrogábamos á la muerte, que proseguía su obra. Nosotros reteníamos el cuerpo: el cielo atraía el alma.

El sonido de las campanas, que de iglesia en iglesia por la extensa campiña adormecida, del monte al mar, llamaban con primeros toques para dar juntas en coro la salutación vespertina á María, en los momentos en que, en los más remotos ángulos del Universo, ciudades, villas, mares, montes, valles, se eleva á la Virgen férvida la plegaria de los creyentes, la moribunda dulcemente y por grados se apagaba, quizá con aquella misma oración en los labios. De cielo en cielo, uniéndose al repique todas las preces, subirían á la altísima meta acompañando hasta el trono de Dios á aquella alma santa.

Al cesar la respiración se puso el rostro blanco cual si estuviese iluminado sobrenaturalmente. Llamé primero en voz

baja, después más fuerte: ¡Madre! ¡madre!, sin respuesta. ¡Comprendí entonces que la había perdido!...

Había desaparecido de este mundo aquel dulce y amado ser que aun reprendiendo sabía revelar el cariño, y besando reprendía.

Sí, aquella mirada diáfana, celeste, que en su pureza daba aquí fe de los misterios de otra vida, ha desaparecido, pero revive. En lo alto, cerca del Eterno, también eterna ella, aquella figura ha ocupado su puesto, y la mirada en la que el alma se traslucía, goza de la contemplación y de la adoración de la Divina idea.

¡En la muerte te encontraremos, madre nuestra, que estás en los cielos!

De niños, si nos amagaba el mal, corríamos á tu seno: adultos, á ti acudíamos si la duda nos asaltaba: ahora, en las ocasiones difíciles de la existencia, en las enfermedades, en los dolores, en ti depositaremos la esperanza y la fe; á ti se dirigirán las oraciones de tus hijos, á ti que estás cerca de Dios y que intercederás por ellos.

¡Tus preces subían, subían al cielo desde este mundo que está tan lejano; subían como canto dulcísimo á través del espacio, y llegaban gratas á los oídos de Dios, que las atendía! Ruega ahora por nosotros, madre nuestra, allá en los cielos.

Ruega, y Dios volverá benigno su mirada hacia nosotros, pobres criaturas errantes en el desierto de este mundo; sólo entre la multitud, amenazados de toda suerte de peligros.

Ruega, y todo enemigo nuestro se tornará en hermano; no nos ahogará el egoísmo y la mano alzada para herir será detenida.

Ruega, y á Dios será acepto el dolor, agradable el padecimiento y dulce la privación.

Ruega, y la semejanza que la naturaleza dió á nuestras personas, el Señor la dará á nuestras almas.

Ruega, y la edad avanzada de tus hijos, como la tuya, no estará teñida de amargura, y como ella, se irá consumiendo dulcemente, cual nota suave de celestial armonía.

FIN

REVISTA DE REVISTAS

Boletín de la Real Academia de la Historia.—

Madrid, Diciembre 1900.

Datos nuevos referentes á Beatriz Enríquez de Arana y á los Aranas de Córdoba, por Rafael Ramírez de Arellano.—El señor Ramírez de Arellano publica importantes documentos hasta ahora desconocidos, de los cuales se sacan noticias nuevas acerca de la familia y condición social de la célebre doña Beatriz Enríquez, natural de Córdoba y madre de D. Fernando Colón. Dicha D.^a Beatriz fué hermana de D. Pedro de Arana, compañero del descubridor de América en su tercera expedición, y prima de D. Diego de Arana, que murió desgraciadamente en la isla Española, en donde Colón le había dejado al mando de la fortaleza. Así lo decía ya el padre Bartolomé de las Casas cuando escribía acerca de la tercera expedición de Colón: «Puso por capitán de un navío á Pedro de Arana, natural de Córdoba, hombre muy honrado y bien cuerdo, el cual yo muy bien cognoscí, hermano de la madre de D. Hernando Colón, hijo segundo del Almirante y primo de Arana, el que quedó en la fortaleza con los 38 hombres, que halló á la vuelta muertos el Almirante». De las investigaciones del Sr. Rodríguez de Arellano resulta que la familia de D.^a Beatriz no era noble y rica, sino, por el contrario, pobre y oscura, siendo D.^a Beatriz una joven huérfana y abandonada, muy diferente de la aristocrática dama que pinta el Duque de Rivas en su conocido *Romance*. —*Nuevas inscripciones de Extremadura*, por el Marqués de Monsalud. El Marqués de Monsalud da á conocer varias inscripciones romanas de Torrenojía y Mérida. Son todas

ellas lápidas sepulcrales, una de las cuales se refiere á un *bienaventurado* Graciano, que probablemente sería algún mártir de Mérida.

*
* *

Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.—

Noviembre de 1900, Madrid.

Un Padrenuestro desconocido (intento de reconstrucción), por Lorenzo González Agejas.—En el diálogo de Alfonso Valdés titulado *Lactancio y el Arcediano* se da noticia de un Padrenuestro en verso, que cantaban los soldados españoles junto á las ventanas del Papa, cuando el saqueo de Roma de 1527. Sabíase que el citado *Pater noster* comenzaba con esta redondilla:

Padre nuestro, en cuanto Papa
sois clemente, sin que os cuadre;
mas reniego yo del padre
que quita al hijo la capa;

pero eran desconocidos los restantes versos. El Sr. González Agejas ofrece ahora en las páginas de la *Revista de Archivos* un traslado completo de tan curiosa canción, que ha logrado reconstruir merced á un manuscrito de la Biblioteca Real y á un opúsculo italiano publicado no hace mucho tiempo por E. Teza.—Es muy interesante el *Indicador de varias crónicas religiosas y militares en España*, que viene publicando D. J. Pío García y Pérez. Es este trabajo un acabado estudio bibliográfico, donde se da noticia detallada de las principales crónicas religiosas y militares, así impresas como manuscritas, facilitando en gran manera las investigaciones históricas. También merece citarse el *Catálogo de impresores españoles desde la introducción de la imprenta hasta fines del siglo XVIII*, que publica en la misma revista el Sr. Gutiérrez del Caño.

*
* *

La Ciudad de Dios.—*Madrid 20 de Diciembre de 1900.*

Crispi y León III, por el P. Antonino M. Tonna-Barthet.

En la famosa alocución de 25 de Mayo de 1887, y poco después en una célebre carta dirigida al Cardenal Rampolla, pe-

día León XIII una solución amistosa y digna en el conflicto pendiente entre la Santa Sede y el reino de Italia, llegándose á creer que por su parte el Pontífice se daría por conforme con la soberanía de la ciudad de Roma y sus alrededores. Con este motivo el Papa recibió calurosas felicitaciones de todas partes y especialmente de Italia; pero Crispi se fundó precisamente en estos hechos para emprender una guerra abierta contra el Pontificado. En su órgano particular *La Riforma* hizo decir que la carta del Papa caía bajo la sanción del Código penal; destituyó al Duque de Torlonia, Alcalde de Roma, por haber visitado al Cardenal Parocchi con motivo de las fiestas de la misa jubilar de León XIII, y no contento con esto, logró que se aprobase un artículo del nuevo Código penal, que iba derechamente contra el Papa, estableciendo que sea condenado á cadena perpetua «cualquiera que tienda á someter el Estado ó una de sus partes á un poder extranjero ó á quebrantar la unidad nacional». En 1889 se verificó solemnemente la inauguración del monumento á Jordán Bruno, que llenó de amargura el corazón de los buenos católicos. El P. Tonna-Barthet termina su artículo recordando la tremenda derrota de las tropas italianas en Abisinia, que ocasionó la caída de Crispi, perseguido por las imprecaciones del pueblo y las maldiciones y el llanto de las madres. Es digno de saberse que con motivo de este desastre León XIII, olvidando las faltas de la Italia oficial, envió un delegado apostólico al Negus para pedirle que dejase en libertad á los soldados italianos. — *Memorias de un prisionero*, por el P. José R. de Prada.—Se cuenta en este artículo las peripecias ocurridas á algunos prisioneros españoles en Filipinas, entre los cuales se encontraba el autor.

*
* *

Revista General de Marina.—*Diciembre 1900, Madrid.*

La realidad nacional es la escuadra de combate, por Manuel Andújar.—Con gran copia de observaciones y verdadero entusiasmo defiende el Sr. Andújar su tesis. Desgraciadamen-

te—dice—la paz no existe ni existirá entre las naciones; por lo tanto, hay que ser fuertes, y en naciones marítimas, porque los mares bañan sus costas, no hay otro modo de ser fuertes que con escuadra de combate. No bastan cruceros veloces, ni guardacostas acorazados, porque cuando sólo se cuenta con estos elementos, *costas bloqueadas, nación vencida*; no bastan siquiera los torpederos, porque apenas pueden aventurarse á la alta mar sin el abrigo de buenos acorazados. Es necesario, por consiguiente, para tener poderío marítimo poseer escuadra de combate, verdadera costa nacional, flexible y elástica, que avanza y retrocede en el mar, según los vaivenes de la fortuna. El marino ama la costa de las peñas porque es el circuito que encierra el recinto sagrado de la patria; pero esta costa no está defendida sin la otra, sin la escuadra de combate.—*Estudio sobre los acorazados modernos*, traducción de la *Revue Maritime*, por Juan Manuel de Santisteban.

*
* *

Revista de Extremadura.—*Cáceres, Diciembre 1900.*

Esta revista, consagrada especialmente á estudiar cuanto se refiere á la región extremeña, cuna de tan ilustres varones como Arias Montano, Pizarro, Hernán Cortés y el Marqués de Valdegamas, publica en su último número los siguientes trabajos:

Las campanas ó campiñas de Ojalvo y la Mata, por Vicente Paredes; *Las Cámaras de Comercio y las exposiciones*, por Cayetano Rodríguez; *Apuntes acerca de la vida de Sor Mariana de Cristo*, por M. Roso de Luna, y una breve reseña histórica de *Hornachos*, por Matías R. Martínez.

*
* *

Revue Internationale de l'Enseignement.—*Paris, 15 Diciembre 1900.*

Nuestros maestros: Juan Bartolomé Haureau, por Francisco Picavet.—Mr. Haureau (1812-1896) no enseñó nunca como profesor, pero su *Historia de la filosofía escolástica* y sus tra-

bajos sobre *Carlomagno y su corte* y sobre *Hugo de San Víctor* le hacen acreedor al título de maestro indiscutible en todo lo que se refiera de cerca ó de lejos á la historia de las ideas en la Edad Media. La primera de estas obras, notabilísima por los tesoros de erudición que contiene, viene á ser como un cuadro de las luchas sostenidas en la Edad Media entre nominalistas y realistas y entre la libertad y la fe, la Iglesia y la filosofía. Haureau aparece en ella, más que como un narrador frío, como un nuevo combatiente atento á defender la causa del racionalismo nominalista contra todos los adversarios, principalmente contra los teólogos y los místicos. — Pablo Collinet publica un notable artículo sobre *La enseñanza de las ciencias auxiliares del derecho*.

*
* *

La Quinzaine.—16 Diciembre, París.

Camilo Vergniol estudia las obras de *Francisco Fabié* y señala los rasgos principales de sus poesías.—*Cómo se han de leer los periódicos*, por Jorge Fonsegrive.—Es un estudio serio y detenido en que el autor aconseja que los periódicos se lean con desconfianza, porque suelen referir los sucesos con poca veracidad, debido á que más que testigos imparciales son las más de las veces abogados de determinadas ideas é intereses, por lo cual su testimonio se hace sospechoso.

*
* *

Etudes.—20 Diciembre 1900, París.

Es de gran interés y oportunidad el artículo titulado *¿Qué es un religioso?*, en el cual el padre Prelot fija el verdadero concepto de las órdenes religiosas y demuestra los altos fines que realizan. Para la filosofía racionalista los religiosos son seres envilecidos por la sumisión ciega de su voluntad á la del superior y tiranizados por la perpetuidad de los votos, ó cuando menos hombres egoístas que se cuidan sólo de su propio provecho, privando de sus servicios á la sociedad. El padre Prelot demuestra lo infundado de estas acusaciones, haciendo una apología completa del estado religioso. Éste viene á ser como sinónimo de estado de perfección y no con-

siste en otra cosa que en el género especial de vida en que los cristianos, no contentos con cumplir los preceptos divinos, observan también los consejos evangélicos consagrándose por entero á Dios mediante los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Entendido así el estado religioso, data su fundación del mismo Jesucristo, y nada contiene de absurdo ó reprobable; pero hay que añadir que además de este objeto capital en que todas las ordenes religiosas convienen, suelen tener éstas como fines secundarios el remediar las diversas enfermedades corporales y morales del hombre, por lo cual resultan en alto grado útiles á la sociedad.—*La Divina Comedia*, por el padre H. Cherot.—El articulista elogia la traducción de la obra de Dante que acaba de publicar en verso francés el sabio catedrático de Lilla, Amadeo de Margerie.

*
* *

Contemporary Review.—*Diciembre 1900.*

H. W. Massingham hace la biografía de *Tolstoy*, á quien colma de elogios al presentar la armonía que existe entre su vida y sus doctrinas.—L. C. Brown examina, aunque con poca imparcialidad, la cuestión de los *Misioneros*. En su opinión, debe abandonarse á éstos á sus propias fuerzas, no otorgándoles protección alguna oficial y evitando que las bayonetas vayan en protección de las predicaciones religiosas.

*
* *

Nort American Review, *Diciembre 1900.*

El porvenir de la raza anglo-sajona, por Carlos Beresford.—Á juicio del autor no tiene que temer la raza anglo-sajona un fin semejante al de los pueblos de Oriente, que uno tras otro fueron desapareciendo. Su aptitud para asimilar las fuerzas de diversas nacionalidades, de la que han dado elocuente ejemplo los Estados Unidos, su inclinación y singular capacidad para el comercio y el bien cimentado poder de la democracia son tres grandes elementos que garantizan á la raza anglo-sajona porvenir brillante.—Federico Harrison, en su artículo sobre *La cristiandad al fin del siglo XIX* sostiene

que se han hecho grandes progresos en la liturgia, en las solemnidades religiosas y en la actividad é ilustración del clero.—Es también digno de leerse el artículo de R. Garibaldi acerca de *La monarquía y la república en Italia*.

*
* *

La Civiltá Cattolica.—Roma, 1.º Diciembre 1900.

La medicina moderna y los microbios patógenos.—Cuando apareció la bacteriología en el campo de la ciencia, despertó en todos los ánimos gran entusiasmo, porque al señalar en los micro-organismos la causa oculta de muchas enfermedades pareció allanar el camino para combatirlas eficazmente. Esta esperanza va hoy perdiéndose ante las impugnaciones de que la bacteriología está siendo objeto por parte de los sabios que llegan á afirmar, con Bantok, Foster Palmer y Adams, que la teoría de los microbios patógenos es un *error gigantesco*. El articulista cree, sin embargo, que no debe darse entera fe á la doctrina de estos sabios impugnadores de la bacteriología. A su juicio, quedan explicadas todas las dudas con considerar los microbios como materiales excrementicios ó células descompuestas, que los órganos segregan continuamente, y que sólo cuando no son eliminadas á tiempo pueden llegar á producir diversas enfermedades.

*
* *

Revista Política e Litteraria, 15 Diciembre 1900.

P. O. Pagani publica un interesante artículo, que continuará en los números siguientes, acerca del *Primer apóstol de la triple alianza*. Fué éste Nicolas Marselli, que expuso dicha idea en un libro sobre los sucesos de 1870 á 71, que alcanzó gran popularidad dentro y fuera de Italia al tiempo de su publicación.—Mario Panniazza escribe acerca de la *Colonización italiana en el interior y en el exterior*, problema importante que ocupa en la actualidad la atención de los hombres juiciosos de aquel país.

E. B.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Historie de la musique, par ALBERT SOUBIES: *Bohème, Suisse, Belgique.*—Forman tres volúmenes en 4.º menor, de 97, 133 y 87 páginas respectivamente, en papel vitela.—París, librairie des Bibliophiles, 1898, 1899, 1900.

La colección de volúmenes referentes á la *Historia de la música* comprende actualmente los que se refieren á Alemania y Rusia, España, Portugal, Hungría y los tres que motivan esta nota.

Por lo que se refiere á España, nuestros lectores recordarán que en este *Boletín bibliográfico* de la CONTEMPORÁNEA hemos dado cuenta detallada de los volúmenes que á nuestra música se refieren, y salvo lo característico y particular de los volúmenes de *España*, podemos repetir lo mismo con respecto á los que se refieren á *Bohemia, Suiza y Bélgica*.

En dos ó tres horas se lee cómodamente cada uno de los volúmenes que nos ocupan, y ya se comprende que, si bien la historia de la música en las sociedades modernas puede arrancar del siglo XVI, estas tres últimas centurias han dado mucho de sí para ser tratadas en tan pocas páginas. Esto no obstante, el Sr. Soubies, con rápidas apreciaciones, nos da el catálogo de los músicos en los distintos pueblos á que su obra se refiere, y con agradable sencillez de estilo da un recorrido á los compositores y tratadistas, á los instrumentistas y actores, á la literatura musical y á las evoluciones que ésta ha experimentado, y su obra tiene mucho valor para la erudición fácil y como programa para guiar á quien se interese por la historia de la música europea. Así considerada (y no creemos que sea otro el intento del autor), la obra del señor Soubies resulta de provecho y muy agradable. La misma distribución de la materia por naciones y en tomitos separados nos da indicio de los deseos del autor: divulgar en todas partes la primera idea de la historia musical de cada país, para que los estudiosos y eruditos revistan el esqueleto ó para que los que aspiran á la cultura, con poco esfuerzo tengan un *vauemecum* adonde acudir para formar sus conocimientos.

E.

*
* *

La suggestibilité, par ALFRED BINET, *Docteur ès sciences*.—*Paris, Schleicher Frères, editores.*—Un volumen en 4.º, encuadernado en tela, 391 páginas, 12 francos.

Los Sres. Schleicher, editores de la popular é interesante *Biblioteca de libros de oro de la ciencia*, han emprendido la publicación de una serie de volúmenes referentes á Pedagogía y Psicología, que formará otra importante y utilísima *biblioteca*.

El segundo tomo, que es el titulado *Suggestibilité*, está compuesto por el notable filósofo, director del laboratorio de Psicología fisiológica en la Sorbona, D. Alfredo Binet, cuyo propósito al presentar esta nueva obra es el de investigar y hacer práctico un método que permita calcular la *suggestibilidad natural* de cada individuo sin recurrir á medio alguno de hipnotismo. Los procedimientos hipnóticos, según el Dr. Binet, no siempre obtienen resultados satisfactorios, y presentan importantes y penosísimos fenómenos nerviosos en muchos experimentados, siendo abundantes los casos en que en estos individuos se produce *hábitos de automatismo* algo peligrosos, y hasta *inmorales*, según la opinión de Wundt.

El método imaginado por el Sr. Binet se funda realmente en la Pedagogía, pues no produce otra turbación ni otro cansancio que los propios de un ejercicio escolar, y puede ser empleado sin que el sujeto examinado se dé cuenta de lo que se estudia.

Analiza el autor la *idea directriz* (prejuicio), la *acción moral*, el *interrogatorio*, la *imitación*, los *movimientos inconscientes*, y demuestra en todo caso que el sentido crítico se debilita y el experimentado pierde el dominio sobre sí mismo.

Los cuadros, dibujos y retratos que acompañan el texto hacen muy interesante este estudio.

*
* *

Psychologie de l'invention, par FR. PAULHAN.—*Paris, Félix Alcan, editor.*—Un volumen en 8.º, 184 páginas, 2,50 francos.

En el reducido espacio de 184 páginas en 8.º se ha propuesto el distinguido autor de *La actividad mental* estudiar y aun analizar los modos diversos de nacer, manifestarse y desenvolverse las ideas.

El Sr. Paulhan trata de demostrar, con ejemplos tomados de la literatura, de la filosofía y del arte, cómo se origina una idea y cómo vive en el espíritu, ya desenvolviéndose y transformándose, ya cambiando su primitiva dirección, ó muriendo por falta de adaptación y de desarrollo.

Los ejemplos aducidos son, á veces, de indudable fuerza; pero á menudo no llevan el convencimiento al ánimo, y aun las teorías y afirmaciones sentadas nos parecen alguna vez atrevidas; sirva como ejemplo la que niega en redondo y absolutamente la espontaneidad de las ideas.

Concluye el autor con varias consideraciones generales respecto del lugar que ocupa la *invención* en la sociedad y en el mundo, y de sus relaciones con la vida, el instinto y la casualidad, estudiando, finalmente, su significación filosófica.

*
* *

Otras publicaciones

Almanaque Bailly-Baillière para 1901.—De este bonito y útil almanaque que publican todos los años los Sres. Bailly-Baillière, nada consignaremos si no es hacer la enumeración de su interesante y variado contenido que es su mayor elogio.

Entre otros trabajos publica los siguientes artículos:

¿Están habitados los demás planetas? Lo que dice la ciencia y la opinión de los sabios de todos los países y de todos los tiempos. Los terremotos, sus causas y su previsión. Las palabras históricas desde la antigüedad hasta nuestros días. S. M. el Rey don Alfonso XIII, su vida, su educación. El plomo necesario para matar á un hombre en la guerra. La historia de la literatura española en el siglo XIX. Lo que cuesta criar un hijo. La historia del peinado masculino y del calzado. A B C de la física. Cómo hacer testamento, con las disposiciones y fórmulas en uso. Todo el oro del mundo por 10 céntimos, donde se prueba que, si se hubiera colocado dicha cantidad á interés compuesto el año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, sin cobrar los intereses hasta hoy, todo el oro del mundo no bastaría para pagar la cantidad que hubieran producido.

El *Almanaque Bailly-Baillière* se vende, como todos los años, á 1,50 pesetas en rústica y 2 pesetas encartonado.

La *Agenda Culinaria* es otro de los muchos libros útiles que editan los Sres. Bailly-Baillière. Eminentemente práctico, cada una de sus páginas está dedicada á un día del año, dividida de tal suerte que en primer lugar se hallan los datos necesarios sobre el calendario, después un espacio en blanco donde se pueden anotar las compras y gastos verificados durante el día, un *menu* completo y variadísimo del almuerzo y la comida y, por último, dos recetas dando á conocer la manera de guisar dos de los platos indicados en las mismas.

Su precio es 2 pesetas, encuadernado, en Madrid, y 2,50 en provincias.

P. V.